

El misterio
de la llave perdida
Basado en un hecho real

Ángel Colodro

es ediciones

El misterio de la llave perdida

© Ángel Colodro, 2009

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Diseño de portada: Vittorio Cacciatore

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-92760-04-6

Depósito Legal:

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

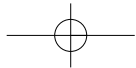
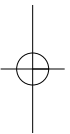
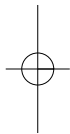
Primer libro de la trilogía

*Los Casos de Javier Plaza
El hombre que aprendió a soñar*

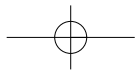
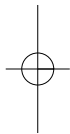
**El misterio
de la llave perdida**
Basado en un hecho real

Ángel Colodro

es ediciones

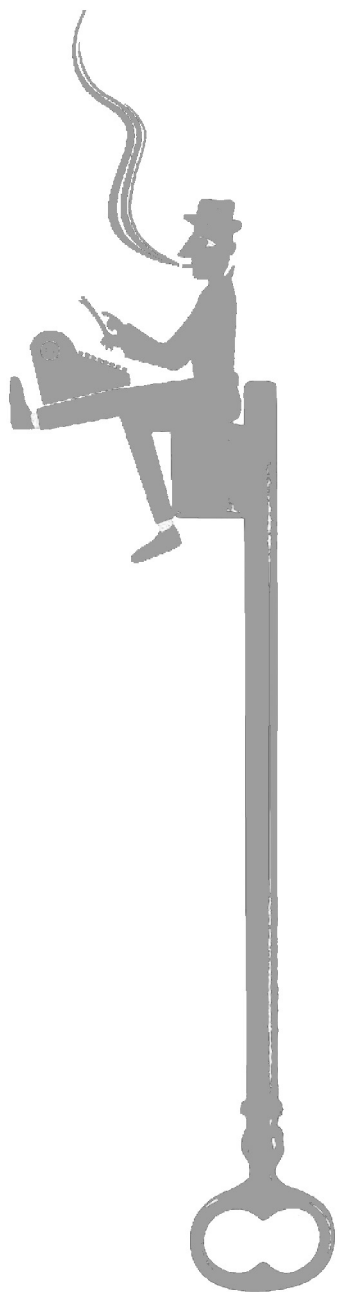


*A la Crónica Negra,
a Mikael Blomkvist
a Rosario Santana*



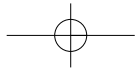
Índice

1. EL PUEBLO DEL CRIMEN	13
2. UN DEDO AMPUTADO	21
3. EL HALLAZGO DEL CADÁVER	35
4. UN CABALLO FANTASMA	43
5. LOS CUENTOS DE ONIRIA I	
<i>EL REINO DE DESPERTAR</i>	51
<i>EL IMPERIO DE LOS SUEÑOS</i>	63
6. MENSAJES DE LOS SUEÑOS	69
7. POR EL CAMINO DEL GATO	75
8. LOS JINETES DE NOÉ	85
9. «PESCAR EN SECO»	95
10. LOS CUENTOS DE ONIRIA II	
<i>EL OCÉANO DE NEUR</i>	103
11. EN LAS PROFUNDIDADES DEL POZO	111
12. LA LLAVE PERDIDA	123



*“Cada capa de oscuridad que descendía de sus párpados
era un tejido placentario que lo aislaba más y más
del universo de los hombres. Los muros crecían,
se elevaban sus hiladas de ladrillos, y nuevas cataratas
de tinieblas caían a ese cubo donde él yacía enroscado
y palpitante como un caracol en una profundidad oceánica.
No podía reconocerse...”*

*LOS SIETE LOCOS
ROBERTO ARLT, 1929*



1

El pueblo del crimen

Jueves, 23 de marzo 1984

18.00 h.

Javier Plaza pisó el freno y paró junto al hombre de la carretera. Pepa saltó como una ardilla del coche y se puso a hacer fotos del pueblo. Pronto se haría de noche y querían llegar al lugar de los hechos antes de que se acabara la luz.

—Oiga, por favor, ¿dónde ha sido el crimen?

El lugareño descolgó la azada que llevaba al hombro. Se asomó por la ventanilla del copiloto y, subiéndose el ala del sombrero de paja, en lugar de responder preguntó:

—¿Son familia de Pilarín?

—No, qué va. Somos periodistas. Hemos salido de Madrid esta mañana en cuanto nos hemos enterado.

Seis horas antes Javier Plaza y Pepa estaban en la redacción cuando el teletipo escupió un flash de la agencia Efe que decía:

*«LA GUARDIA CIVIL BUSCA EN LA SIERRA DE GRANADA
A UN HOMBRE QUE HA DESAPARECIDO TRAS ASESINAR
A HACHAZOS A SU MUJER E INCENDIAR LA CUEVA
DONDE ALMACENABA COMIDA».*

Era jueves y si no iban a cubrir el suceso se arriesgaban a trabajar el fin de semana. Y Pepa quería estar de vuelta en Madrid el viernes para fotografiar a Asfalto, su grupo de música favorito, que actuaba por la noche en el Rock-Ola, uno de los templos de la movida.

Era la primera vez que viajaban juntos. Javier era un colaborata del semanario con derecho a mesa, silla, teléfono y máquina de escribir, pero sin sueldo fijo ni obligación de fichar. Pepa era la foterá enchufada del editor. Se acababa de incorporar y apenas se conocían. Antes sólo habían cruzado unas pocas palabras: ¿Qué tal?, ¿Cómo te va? Y cosas así. Pero muchas horas dentro de una lata daban para contarse de todo.

—Lo que menos le perdono a mi madre es lo del nombre —le dijo en algún momento Pepa a Javier apretando los dientes—. Siempre había creído que me lo habían puesto por mi padre, que se llamaba José, pero cuando murió, ella me contó que no. Que fue porque de niña tenía mucha envidia de una amiga suya que se llamaba Josefina, que le gustaba más que su nombre.

—¿Y cómo se llama?

—Uf. El nombre más horrible del mundo: Dorotea, por eso la llaman Dora. Pero bueno, ¿tú me ves a mí así con estas pintas y llamándome Jo-se-fi-na?

Aunque hoy iba vestida de «normal», como decía ella, Pepa no pasaba inadvertida a pesar de su metro cincuenta y poco. Aunque no lo era, parecía tirando a gordita por su baja estatura. Y si tenía algún michelín era por las hamburguesas ahogadas en salsa de tomate y mucha cocacola en que basaba su alimentación. De su rostro destacaba una nariz respingona y unos ojos vivarachos del mismo color negro del pelo, que llevaba al estilo Raulito, con una larga trencita, hoy de color caoba, que le caía sobre el hombro derecho. Como era su estreno de crimen fuera de Madrid se había cortado un poco. Sólo mantenía los colores negros, la chupa y las botas que ocupaban casi más que ella. Hasta había sustituido sus pendientes de calavera por unas criollas de plata. Pero en Madrid iba de mega posmoderna, tirando a punki. Eso sí, sin imperdibles en la boca ni cresta.

Pepa era hija única. Su padre había sido el chófer del editor, después de pasar casi treinta años agarrado al volante del 70, el autobús de la empresa municipal de transportes que hacía el recorrido desde las barriadas obreras del gran San Blas, donde los edificios parecían colmenas con tabiques de papel, hasta la Plaza de Castilla, donde los nuevos burgueses trataban de hacerse un hueco en modernas construcciones con portero y ladrillo vista. El hombre, que le había dado todos los caprichos a su «niña»,

pero abandonado su educación en manos de la madre, murió tras una larga y extraña enfermedad que los médicos nunca llegaron a diagnosticar. Un año después, la madre, una mujer ultra católica de comunión diaria, de esas que cuando les tocaba yacer con sus maridos usaban un camión con agujero, se casó con mosén Antonio, su confesor, que tuvo que colgar los hábitos.

Pepa nunca lo entendió y lo llevó fatal. Se le cruzaron los cables. Empezó a suspender y no sacó la selectividad. Poco a poco fue perdiendo los aires mojigatos de clase humilde con ínfulas con los que había sido educada por su madre y se deslizó peligrosamente por los barrios bajos. Después frecuentó los ambientes nocturnos de la movida, donde era conocida como la chachi porque cuando cogía confianza no había frase en la que no soltara al menos una vez la dichosa palabra.

No paraba en casa y, probablemente, ahora se encontraría en uno de los centros de desintoxicación de drogas de El Patriarca, de no ser por la vieja Olympus de su padre. Un día la encontró por casa en un cajón y empezó a llevársela por ahí para fotografiar a sus grupos de música favoritos. Barón Rojo, Asfalto, Obús, Nú y otros. Así comenzó su afición a las fotos. Lo de retratar muertos para *El Caso* no era lo que más ilusión le hacía, pero al menos le había permitido cumplir con el sueño de tener la nikon F2. La misma cámara con la que ahora plasmaba la imagen de aquel pueblo de Granada que, como un pozo a la sombra de una higuera, reposaba a los pies de una cordillera de pequeñas montañas mondas y lirondas.

A Javier lo de la manera de vestir no le quitaba el sueño. Pensaba que un periodista no debía llamar la atención y tenía que llevar siempre una ropa que le permitiera pasar desapercibido en cualquier sitio. Su «uniforme» de campaña estaba formado por vaqueros, una americana de lana de espiguilla y una corbata en el bolsillo, por si acaso. Ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, por su físico tampoco destacaba, pero se notaba que llevaba el periodismo en la sangre. Su padre era el propietario y director de *El Pirineo Central*, el centenario semanario de su localidad natal, del que decían los vecinos que era el más religioso del mundo.

—¿No me digas que tu padre también es medio cura?

—Qué va, qué va. No es por eso, aunque también. Es porque en el pueblo dicen que el periódico «sale cuando Dios quiere».

—¿Y eso?

—Porque si no fuera por las esquelas no habría periódico. Y cuando no se muere alguien mi padre retrasa la tirada para buscar algún anuncio que sustituya los lutos.

Javier era el más pequeño de tres hermanos. Los otros dos trabajaban con el padre: Alfonso en la imprenta y Cristina, la chica, en las cuentas. El hombre puso todas sus ilusiones en que uno le saliera periodista y le sucediera en la dirección del periódico. Pero Javier, que creció soñando con los reportajes de la tele que Miguel de la Cuadra Salcedo filmaba por todo el mundo, cuando terminó la carrera en Barcelona quiso probar fortuna en Madrid con el consiguiente enfado del padre. Desde entonces no se hablaban.

Javier y Pepa se lo contaron casi todo. En seis horas de viaje dieron un repaso completo a sus vidas. Incluso Javier llegó a contarle a Pepa algo que nunca había revelado con anterioridad: el secreto de sus «poderes». Así los definía su madre, que fue quien los descubrió, aunque él prefería llamarlo «olfato periodístico». «Al fin y al cabo todo el mundo los tiene, lo que pasa es que nadie los cultiva», le dijo a su compañera de viaje tras explicarle en que consistían.

El lugareño cogió la azada a pulso por el hierro, estiró el brazo y señaló hacia el horizonte.

—Lo del crimen... Allá arriba, en las cuevas que hay debajo de las colinas del fondo. Hay que atravesar el pueblo entero, pasar el puente del riachuelo y coger la pista de la derecha. Lo que no sé yo, es si con este auto podrán llegar...

Estrujado entre dos valles que le impedían crecer por los lados y cruzado de punta a punta por una calle en forma de «Y», el pueblo albergaba no más de doscientas almas. A la entrada estaba el cuartelillo de la Guardia Civil frente a frente con el hostel, la gasolinera y el silo de la cooperativa. Unos cien metros más allá, la iglesia y el consistorio. Las casas eran de dos alturas y llamaba la atención que no estuvieran cuidadas con demasiado esmero.

El hombre de la azada, que se había acoplado en el coche a modo de guía, explicó el porqué:

—Los vecinos echan todo el dinero en las cuevas. Casi todas las familias tienen una. O dos, como tío Vicente. Antes se usaban para almacenar la fruta y las hortalizas, pero cuando se construyó el silo quedaron vacías y se

empezaron a arreglar. Como son bien frescas en verano y bastante cálidas en invierno, primero fueron unos a pasar el día de la romería de la virgen, después los fines de semana... Y ahora casi todas están pobladas. Total que las casas del pueblo han quedado para los hijos...

Tras un breve silencio, añadió:

—Yo no, eh. En casa también tenemos una cueva. Cuando me jubile no sé, pero de momento sigo guardando allí mis hortalizas y limones. Que soy de los que está en la cooperativa porque hay que estar, pero donde esté lo de uno... Uhhh, quita, quita...

Javier y Pepa se miraron a la vez que subían las cejas en señal de asombro y esbozaban una leve sonrisa cómplice. Entre todos los vecinos del pueblo se habían tropezado con el más raro. Y eso que aún desconocían que allí se le conocía como Borricas. El apodo le venía de cuando regaló a sus dos hijas, las únicas gemelas del lugar, sendos pollinos blancos para lucirse en fiestas. El regalo coincidió con la primera comunión de las niñas. Al principio quedaron encantadas, pero después empezaron a ser conocidas por todos como las hermanas Borricas y la cosa cambió. Ahora estaban a punto de cumplir dieciocho años y no sabían si «matar» a los animales o... al padre.

—¿Qué se dice del crimen aquí en el pueblo? —preguntó Javier mientras aparcaba el coche en un ensanche de la pista.

—No nos lo explicamos. Todos sabíamos que tío Vicente andaba mal de la azotea, pero no tanto como para hacer algo semejante.

Unos metros más allá por la pista se encontraron con las primeras cuevas.

—¡Qué chachi! ¿Y esto son cuevas? —preguntó Pepa sorprendida. La muchacha se había hecho a la idea de unas oquedades cochambrosas, pero al verlas se puso a disparar su nikon como una descosida, aunque sabía que los lectores de *El Caso* no buscaban precisamente ese tipo de fotos bonitas.

—Esto no es nada. Más arriba las hay que han recibido varios premios de arquitectura rural —añadió Borricas.

La zona estaba declarada de interés turístico y cada rincón era como una estampa. Sus habitantes habían convertido su propio hábitat en el objeto de sus vidas. La mayoría eran jubilados que no tenían nada que hacer y pasaban el día blanqueando fachadas, barnizando puertas y ventanas o simplemente mimando los jazmines y otras flores preciosas que con sus aromas lo embriagaban todo.

Un recodo más allá de la empinada pista, el panorama era bien distinto. Ni postal idílica ni aroma embriagador. Al contrario. Todo estaba revuelto y un pestilente y empalagoso olor a humo de aceite quemado, cera y plásticos derretidos se apropiaba del lugar. Salía de una de las cuevas que tenía a un lado una boca de poco más de dos metros de alto y unos tres de ancho, con una reja de gruesos barrotes de hierro clavados en las paredes de montaña. La reja estaba cerrada a cal y canto. Sin holgura. Como si el fuego hubiera fundido la cerradura.

2

Un dedo amputado

Jueves, 23 de marzo 1984

18.20 h.

Al llegar por la mañana los bomberos habían intentado derribar la verja, pero el intenso humo de comestibles y otras mercancías ardiendo les impidió acercarse.

—Dejadlo. No merece la pena —había ordenado el jefe a sus tres bomberos, los únicos a veinte kilómetros a la redonda—. Vamos a atacar el fuego desde fuera. Cargad una de las churras con la bomba del pozo por si acaso y ponedle la tapa no vayamos a tener alguna desgracia...

En los primeros momentos del incendio no se sabía que, más que una desgracia, aquel fuego escondía una verdadera tragedia: en la cueva de al lado yacía muerta Pilarín, la mujer de tío Vicente, con un hacha clavada en el pecho y dos bolsas con conservas de comida tiradas por el suelo. El cadáver no había sido

encontrado hasta un rato después, cuando llegó Paquita, la hija, a la que habían mandado llamar para ver si tenía llave de la cueva que estaba ardiendo.

Cuando Javier y Pepa llegaron ya se habían ido los bomberos. En los alrededores sólo quedaban algunos vecinos curioseando, a los que se unió Borricas. Un guardia civil custodiaba la puerta de la cueva donde se había encontrado el cadáver maltrecho de Pilarín y la comisión judicial continuaba dentro sus trabajos.

Javier Plaza se acercó a la boca de la cueva quemada mientras Pepa siguió con su faena. Entre la oscuridad y unas cajas de cartón marrón con unas etiquetas que no se distinguían bien pero parecían antiguas, quedaban rescoldos. Por dentro el habitáculo era enorme y estaba repleto de víveres en más cajas, botellas y bidones de diferentes tamaños. Todo a medio quemar. La zona del aceite era la más castigada. Daba la impresión de que allí se había iniciado aquel infierno. En algunos rincones los plásticos fundidos y las velas derretidas recordaban con sus formas retorcidas cuadros surrealistas de Dalí. Había cajas y más cajas de fósforos en lo alto de una alacena que ocupaba la pared más grande, a la que afortunadamente no había llegado el fuego.

«Si el que prendió esto —pensó Javier— junta el aceite, las velas y el fósforo, explota la colina entera». Pero no. A pesar de que algo más de la mitad de lo que había dentro, muebles incluidos, había sido pasto de las llamas, se notaba que su almacenamiento había sido meticuloso y ordenado, para evitar accidentes y encontrar las cosas sin

dificultad. Las legumbres a un lado, las conservas a otro... En fin, como en un supermercado, había de todo y mucho, como para pasar una buena temporada sin necesidad de salir: comida, ropa, mantas y sobre una mesa unos libros apilados y encima una carpetita azul de gomas.

—Aparta, voy a ver si puedo tirar una foto del interior...

Antes de darse cuenta, Javier, que parecía hipnotizado por el cuadro dantesco que presenciaban sus ojos, ya se había apartado y Pepa hecho la foto. Era la táctica que los *foteros* veteranos de la redacción le habían aconsejado. «En este trabajo si pides permiso nunca te lo dan, lo mejor es apabullar y tirar la foto. Si no te dejan hacer más, al menos ya tienes una», le habían dicho. Y Pepa había decidido probar con Javier que, visto lo visto, decidió acercarse a los vecinos.

—No de El Ocaso no, de *El Caso* —le aclaraba Borricas a otro vecino.

—No es la primera vez que nos confunden —terció Javier para entablar conversación.

El Ocaso era por aquel entonces la compañía líder en seguros de decesos en España, implantada sobre todo en las zonas rurales. Por una pequeña cuota mensual, que dependía de la edad a la que se empezara a pagar, el asegurado dispondría en su óbito de un entierro digno sin que sus familiares tuvieran que soltar ni una gorda ni preocuparse de los engorrosos trámites de velorio y sepultura.

—Es el que vio el fuego y dio aviso —informó Borricas a Javier, empleando un tono de complicidad—. Dice que

de tío Vicente no se sabe nada —le añadió al oído en voz más baja si cabía.

Javier sacó del bolsillo derecho de la americana su libreta azul centauro con espiral en el borde superior y se dirigió al vecino:

—¡Vaya susto!, ¿no?... ¿Qué es lo que pasó?

—La verdad, la verdad nada del otro mundo —contestó mientras miraba a Borricas—. Poca cosa. Iba yo con la Jacinta y al pasar olí a quemado. «Qué raro», pensé. Salía del almacén de Vicente. Total, me asomé y observé que, donde el aceite, se estaba quemando todo. Llamé a la casa y... claro, si Pilarín estaba ya muerta, como me iba a abrir. Pobrecilla. A veces pienso si estaría aún viva. Pero yo no sentí nada de dentro, así que bajé al pueblo a avisar a la Guardia Civil.

—¿Y no vio a tío Vicente o a alguien?

—¡Qué va! A esas horas si no paso yo se hubiera quemado todo.

—Y Jacinta, ¿vio algo?

El hombre y Borricas se echaron a reír. Javier quedó estupefacto. No entendía nada. Si estaban hablando de un asesinato. Borricas, que fue el primero en recuperar el aliento, se lo aclaró:

—Es que Jacinta es una vaca —le dijo entre risas, para acto seguido seguir informándole de todo lo que se había enterado—: Dentro de la casa con el juez está el hijo. Se llama Andrés y es guardia civil. Sargento primero. Está destinado en la comandancia de Tarragona. Ha llegado al pueblo hace un rato. Desde que marchó a la mili apenas se le

ha visto por estos andurriales y ya cuando casóse mucho menos... Y ese que ha salido hace un rato a echar un cigarro es el marido de la hija. Trabaja en la yesería pero está de baja por invalidez. Busca la permanente. Dice que cojea y que no puede trabajar de peón. Él sí tiene que saber bien lo que ha ocurrido, aunque no estaba cuando la Paquita ha encontrado muerta a su madre... Casi le da un síncope a la *probe*. Toda la vida con su madre. Y encima preñada de cuatro meses. Por eso no está aquí. Se la han llevado a casa y a base de tila está.

Borricas no cesaba aún de hablar cuando se abrió la puerta de la casa y salieron dos hombres.

—Ese, el alto, es el hijo —le susurró al reportero.

Andrés aparentaba los cuarenta aunque tenía menos. Se le veía un hombretón fuerte y bien vestido, con bigote y pinta de serio, muy serio. Llevaba unos papeles en la mano. El hombre al que estrechó la mano y se volvió a meter en la casa era algo más joven y, aunque no vestía de uniforme, también tenía pinta de picoletto. Como Andrés, que tras recibir el pésame de unos vecinos se reunió con su cuñado y juntos se bajaron al pueblo. Por un instante Javier pensó en entrarles, pero decidió dejarlo para el día siguiente, después del entierro, y seguir indagando lo ocurrido con los vecinos.

—¿Se sabe al menos por qué la ha matado?

—Aquí en el pueblo todo el mundo sabe que tío Vicente estaba loco. ¿Quiere creerse usted que de toda esa comida que guardaba, mucha tenía que tirarla porque se echaba a perder y después la volvía a reponer? Se volvió

loco durante la guerra. Después se le pasó y trabajó como un negro, pero al final lo que sea le ha vuelto y la ha pagado con la pobre de Pilarín. Esa sí. Esa sí que era una santa. Con su yerno, que con cojera o sin cojera, muy trabajador no es que sea y sólo anda ligero para ir al bar. Bueno para el bar, los amigos y para tener hijos: dos y el que viene en camino. Y Paquita otra santa, que si ya no podía con lo que tenía y se le venía encima, ahora todo esto...

La puerta de la casa se abrió de nuevo y salió el juez, pelo canoso, rizado y peinado hacia atrás. Gastaba el típico traje y corbata gris funcionario y no tenía cara de buenos amigos.

—Señoría, ¿podemos hacer fotos dentro?

—¿Más periodistas? ¿Es que no hay otras noticias más importantes...? No, si ahora que el gobierno ha indultado al periodista ese de *Interviú*, Xavier Vinader, los jueces ya no sé ni qué pintamos.

—No sé, mire nosotros somos de *El Caso*.

—*El Caso*, *El Caso*, ¿pero aún existe eso?

Su señoría era uno de esos viejos jueces pancistas a los que el cambio del régimen les había pillado a destiempo. En su término judicial sólo había conocido otro caso de homicidio en los más de veinte años que llevaba y esperaba pronto la jubilación. Las pocas rencillas que solía haber en los pueblos de su demarcación las dirimían los jueces de paz. A él sólo le llegaban reclamaciones económicas de mayor cuantía y litigios de poca monta. *El Caso* le sonaba a las andanzas de El Lute y cosas así, ajenas a su demarcación.

Con el crimen le estaban dando el día. Le había cogido de visita en la Audiencia Provincial y no se había podido presentar a levantar el cadáver hasta por la tarde. Cuando llegó, unos reporteros de la tele lo habían grabado todo, ya que estaban haciendo un reportaje a los bomberos cuando se enteraron de la noticia. Estaba claro que los periodistas no le caían bien. Los consideraba unos entrometidos que sólo acudían para estorbar y manipularlo todo.

—¿Ha aparecido la llave?— volvió a preguntar Javier cambiando de tercio.

—¿Qué llave? ¿Qué llave? —dijo el juez con una displicencia que dejaba claro que no tenía ni la más remota idea de lo que se le hablaba.

—Humm, la de la cueva quemada señoría. ¿Cuál va a ser?

—Mire jovencito —se escabulló— todo eso está *sub iudice*. Y la investigación hasta que aparezca el presunto autor del homicidio está en manos del teniente Castro. Ahí lo tiene. Hable con él, que él sí sabe bien de lo que puede informarle.

El teniente Castro, don José para sus subordinados y Pepe para sus superiores, era el jefe del servicio de información de la comandancia provincial de la Guardia Civil, el hombre del que se había despedido el hijo. Le acompañaba su segundo, el sargento Cerezo, que era el único que se atrevía a llamarle Pepe ya que se conocían desde niños y el destino había querido que uno ingresara en la academia de oficiales mientras que el otro fuera chusquero.

—¿Dónde está el Charly? —preguntó Castro a Javier en tono de interrogatorio.

Charly era el compañero de la redacción que tenía que haber cubierto ese crimen. Pero estaba detrás de una exclusiva de la que no se podía decir nada. Antes de salir de viaje le había pasado a Javier los contactos de Granada, algo que era muy habitual entre compañeros. En realidad las fuentes eran del semanario y las heredaban los periodistas de generación en generación.

—Me dijo que preguntara por usted o por el capitán Casado.

Nunca fallaba. Cuando un redactor no conocía personalmente a alguien de la Guardia Civil, si citaba con confianza el nombre de uno de sus superiores se lo ganaba para siempre. Era un truco infalible, como el de las fotos.

—¿Y te diría cuál es la condición?

—Supongo que la misma que con los demás. Que vosotros lo habéis aclarado todo. ¿O no es así?

—Sí, señor. Y que si te cuento algo que no quiero que se sepa, me lo tienes que respetar.

—Pues muy fácil. No me lo cuente.

—Pues... sí te lo cuento, porque a lo mejor tú has oído algo y puedes ayudarme en la investigación. ¿De acuerdo?

—Vale, vale, si es así...

—¿De acuerdo? A partir de ahora ya me puedes tutear. Ah, y cuando entremos en la casa, a esa dile que no tire una foto sin que yo se lo diga.

«Está claro que Pepa no le ha caído para nada bien que digamos. Y eso que no ha terciado palabra alguna con

ella y aguantado la retahíla de chachis que suelta», pensó Javier.

La casa entera estaba excavada en la colina. La puerta de entrada daba a una gran dependencia. A la derecha se había levantado un tabique de ladrillo encalado con dos puertas. La dependencia, de unos treinta metros cuadrados, servía de cocina, a la izquierda según se entraba; saloncito al fondo, donde estaba la televisión; y el comedor, a la derecha. Una de las dos puertas, la última, daba a un pequeño aseo con media bañera, que tenía aspecto de no haberse usado nunca y se empleaba como almacén de productos de limpieza. La otra, a una habitación alargada partida en dos por medio de un arco. Cada trozo contenía una cama, una mesilla y un armario.

La vivienda parecía muy acogedora. Las paredes puntiagudas y encaladas eran como de gotelé natural. La cocina, junto a la puerta y una de las dos ventanas se veía muy cuidada, con una fila de alcayatas a media altura de las que colgaban de mayor a menor una batería de sartenes tan brillantes que parecían los espejos de una princesa. Los suelos de arcilla también estaban tan relucientes y limpios que hasta se hubiera podido comer en ellos. Todo en perfecto orden. Todo, excepto el mismo centro del habitáculo, donde nacía una gran mancha de sangre, ya ennegrecida y seca, cuyos hilillos llegaban hasta la cocina guiados por las juntas de los baldosines.

Al ver la sangre, Javier sintió un nudo en el estómago, se tocó la cara, tragó saliva y miró hacia otro lado, evitando durante todo el tiempo que estuvo en la casa aquella

mancha que le repugnaba. No sabía por qué, pero era superior a sus fuerzas. Al menos en este caso ya estaba seca, pero cuando era reciente incluso llegaba a vomitar. El teniente Castro, para quien la sangre era tonificante, se apercibió de la reacción del reportero. Con una media sonrisa y en susurros le dijo:

—¿Qué? ¿No soportas la sangre? Pues yo que tú me dedicaría a otra especialidad del periodismo... No sé, algo más maricón, como la crónica rosa... Esto es para hombres hechos y derechos.

Envalentonado y como si fuera un guía turístico, pero con gesto autoritario y mostrando gran seguridad para impresionar a sus propios hombres, el teniente empezó a explicar a los reporteros la hipótesis de lo sucedido:

—Una silla como esta, pero con manchas de sangre —miró a Javier—, estaba tirada y había dos bolsas de la compra con latas de conservas y frascos de legumbres desparramadas por el suelo. Al parecer, la mujer se disponía a salir, ya que llevaba puestos los zapatos y el chaquetón. Entonces debió de entrar el hombre y al verla cogió el hacha de la leña que estaba aquí— dijo, al tiempo que señalaba un hueco entre el mueble de las cacerolas y la puerta principal— y la atacó. Directo a la cabeza. Ella soltó las bolsas y trató de protegerse con las manos. Pero el hachazo debió de ser monumental. Le cortó cinco dedos de las manos y le abrió de cuajo el coco como si fuera un melón.

Castro hizo un alto, como si dudara de algo, y prosiguió con su explicación:

—Por cierto...Y esto de momento no lo podéis decir porque es una prueba —se dirigió a Plaza y Pepa moviendo el índice derecho como si fuera un limpiaparabrisas—, hay un dedo que aún no ha aparecido. Se ha mirado por todos los sitios posibles, pero nada. Se lo ha tenido que llevar el asesino.

—¿Qué dedo es? —interrumpió Javier con mansedumbre.

—El anular. Pero insisto: ya os he dicho que de momento no se puede decir nada hasta que demos con tío Vicente. Se puede deshacer del apéndice y es una prueba...

El teniente continuó su explicación:

—La víctima se desplomó y, cuando estaba en el suelo, el asesino le debió de asestar otro golpe en el pecho. Este soltó el hacha, que se quedó clavada en la mujer. Después cerró la puerta sin echar la llave, entró en la cueva almacén, prendió fuego, cerró la verja de hierro y desapareció. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Y para encontrarlo lo vamos a pasar mal, pero que muy mal. El tío Vicente conoce la montaña mejor que las cabras y no es la primera vez que tiene que subsistir solo en el campo...

—¿Pero no se había quedado loco de la guerra?

—De la guerra o de después, quién sabe. Pero eso mejor que os lo cuente si quiere su hijo que, como sabréis, es compañero. Que sea él. De momento, a ver si averiguamos por qué mató a la mujer.

—Quizás porque le robaba —le interrumpió audazmente y en privado Pepa, al tiempo que señalaba al guardia civil para que mirara debajo de una de las camas de la

habitación del arco, donde se veían apiladas algunas latas y paquetes de legumbres parecidos a los que había fotografiado en la cueva quemada.

—Hummm... Puede ser, aunque aquí lo verdaderamente importante es encontrar una pista que nos conduzca al paradero de Vicente, que es quien ha hecho esto.

—¿Seguro que ha sido él?

—De eso no cabe la menor duda. ¿Quién iba a ser? Hemos mirado por todas partes y no aparece por ningún lado. Además, estos fragmentos de pisadas en la sangre son tuyas y en el mango del hacha hay restos de huellas dactilares tuyas...

Javier también estaba convencido de que el asesino había sido tío Vicente. En sus primeros meses como colaborador del semanario, antes de echarse a la calle, había devorado numerosas historias de crímenes antiguos. Y pudo observar que las teorías rocambolescas no conducían a nada. Al final siempre se imponía la más sencilla. Pero sacarle punta a todo era la mejor manera de obtener información. Y el teniente Castro era un morlaco que entraba bien al trapo. Cada vez que había pronunciado la palabra sangre lo había hecho con énfasis y dirigiéndole la mirada. Ahora le tocaba el turno al reportero.

—Sí, pero... ¿yo qué sé? Podría haber sido otro y él quien encontrara el cuerpo y saliera huyendo por miedo... Por otro lado, lo de las huellas del hacha es normal si era tuya...

—Pamplinas, pamplinas... Os digo yo que ha sido él. Ya lo veréis. Ahora tenéis que iros. Bastante que os he dejado entrar y a nosotros nos queda aquí un buen rato.

—¿Y la llave? ¿Se sabe algo de la llave?

—¿De qué llave me hablas?

Javier no insistió. Miró de soslayo al teniente subiendo la ceja izquierda y devolviéndole la media sonrisa que el guardia civil le había «obsequiado» antes y no le respondió. Pensó que estaba claro que la llave ya no le preocupaba a nadie. Sólo a él y no sabía por qué. Pero al menos le había servido para acabar de poner nervioso al oficial que por orgullo no se dignó a volver a preguntar. Después, el reportero le hizo un gesto con la cabeza a Pepa y abandonaron la casa.

—¿Qué te ha dicho al principio, algo que no quería que yo me enterara? —le preguntó Pepa por el camino de vuelta.

—No, nada importante —respondió Javier titubeando.

—Seguro que me ocultas algo y eso no es de buen compañero —añadió Pepa indignada—. Además, a mí no me vuelvas a decir que nos vayamos de un sitio con gestos. Que no soy ninguna vaca.

—Vale, vale, pero no te pongas así.

Ya en el coche cuando se dirigían al hostel para alojarse, Javier se preguntaba por qué reaccionaba así cuando veía sangre. Pero no encontraba respuesta. Era algo que le pasaba desde siempre. Y si no la hallaba es porque la explicación había que buscarla años atrás. Muchos años atrás. Tantos que no le alcanzaba la memoria. Concretamente cuando tenía tres, un día en que observaba subrepticamente a su padre afeitarse.

El hombre usaba una de aquellas viejas navajas de barbero que con el tiempo caerían en desuso. Con sumo tacto, rasuraba la patilla izquierda cuando en un descuido se cortó a la altura del pómulo y la sangre empezó a manar. Instintivamente se llevó la mano a la herida y en ese momento vio por el espejo a su hijo. Poseído por un súbito ataque de ira culpó al pequeño de haberle distraído y de un bofetón lo envió a su cuarto.

Al llegar, Javierito se vio en un espejo: llevaba la cara ligeramente tiznada con la sangre de su padre. Y como no podía ir al cuarto de baño se la limpió con su propia saliva. El padre no tardó en darse cuenta de su inconsciente acción y fue a darle poco después un beso en signo de arrepentimiento. Sin embargo, a Javier aquel sentimiento de una culpa que no era suya le dejó marcado para siempre como un fantasma del pasado que aparecía cada vez que veía el líquido vital.

3

El hallazgo del cadáver

Jueves, 23 de marzo 1984

21.00 h.

Andrés hizo un último esfuerzo para comer sin ganas lo que quedaba en el plato. Faltaban muchas horas por delante para que todo aquello terminara y, aunque no tenía hambre, su mujer le había preparado una sopa de ajo para pasar el trago. Al principio no quería pero, acostumbrado a la disciplina castrense, obedeció como un niño. Después se alegró. Su cuerpo se sentía mejor, pero su cabeza parecía que iba a estallar.

El hijo de tío Vicente también se preguntaba por qué, pero sus inquietudes eran muy distintas a las de Javier. Ni siquiera había podido hablar con su hermana para ver si le aclaraba algo. Andrés sabía lo sucedido a su padre en la guerra y en la posguerra.

Pero desconocía la razón que lo llevó un buen día, sin decírselo a nadie, ni a su propia familia, a empezar a almacenar todos esos alimentos. Y sobre todo se preguntaba: ¿Por qué su padre había matado de esa manera tan brutal a su madre?... Si nunca se había mostrado violento con ella. Al contrario, le tenía verdadera devoción. Ella era en realidad a la única persona que quería en este mundo. Desde que se casaron no se separaron nunca y, en realidad, sin ella no era nadie.

Andrés apuraba el plato en la cocina de la casa de su hermana, que se había convertido en la casa del dolor. Se esperaba la llegada del cadáver de Pilarín, al que habían llevado a Granada para practicarle la autopsia en el Instituto Anatómico Forense. En el comedor, nada más entrar a la izquierda, se había retirado la mesa que lo presidía para dejar hueco a la caja cuando viniera con los restos de la fallecida. Como si fuera el ensayo de una tragedia griega, alrededor del espacio reservado para la muerta, un coro de mujeres enlutadas desde la cabeza hasta los pies rezaban cabizbajas cual plañideras un rosario cuyos *ora pronobis* se colaban por todos los rincones de la casa.

Más allá, en la habitación del matrimonio, Paquita seguía en estado de shock. La mujer nunca había destacado por alegre, pero ahora se veía más rota y desencajada que nunca. Tumbada sobre la cama, la misma donde había sido parida, ya no le quedaban lágrimas que soltar y su llantina incesante se asemejaba al maullar lastimoso de un gato hambriento. Su vecina y amiga del alma, Adelina, y otras tres mujeres más la acompañaban.

Habían llamado al médico, preocupadas por Paquita y el bebé que llevaba dentro, al que le faltaban cinco meses para nacer. Pero ella ni se enteró. Sólo sollozaba y sujetaba una fotografía de su madre con mucha fuerza, como si se la fueran a robar.

No se le borraba de la cabeza el momento en que la había encontrado muerta. Pero Paquita no sería capaz de contárselo a nadie hasta cinco días después, cuando ya estaría todo aclarado y la Guardia Civil la llamara a declarar para cerrar sus diligencias y entregárselas al juez. Su testimonio era imprescindible. No en vano era la persona que había encontrado el cadáver de la víctima.

La mujer llegaría al cuartelillo con su marido. Aún estaría muy afectada y a veces parecería como que perdía el equilibrio. El agente número 1128, instructor de la declaración, le ofrecería una silla. Se sentaría y empezaría su relato:

—Estaba en casa terminando de hacer las camas cuando llegó Manolón...

Manolón era un guardia civil que llegó de refuerzo para unos días al pueblo, hacía veinte años, con motivo de la visita que Franco hizo a la provincia pero conoció a una chica, se casó y allí se quedó desde entonces.

—Manolón me contó lo del incendio y me preguntó si tenía llave de la reja de la cueva. Le dije que no y le pregunté por mi madre, ya que a veces mi padre salía temprano a la huerta y no llegaba hasta la hora de comer. Nadie sabía dónde estaba. Yo pensé para mis adentros que quizás se había ido con mi padre. Cogí la otra llave, la de la cueva

de la casa, y nos fuimos para arriba. Al ir a abrir se me puso algo en el estómago que todavía no se me ha ido. Una sensación rara, como temiendo lo peor. No estaba echada la llave. Sólo el resbalón...

Fue traspasar el umbral y a Paquita se le volcó el estómago. Los nervios se le fueron ramificando por todo el cuerpo como si tuviera dentro un hormiguero y se quedó muda de la impresión. Le flaquearon las piernas y si no se desplomó fue porque Manolón lo evitó. A partir de entonces empezó con su llantina de gato lastimoso, que el recuerdo hizo rebrotar unos instantes.

—¿Paramos un momento? —le ofreció el agente 1128.

—No, prefiero que todo esto termine de una vez —aseveró firme, secándose las lágrimas con un pañuelo que miró como evocando recuerdos...

—Si usted lo prefiere así, continúe...

—Nada más entrar la vi. Estaba allí en el suelo —hizo un ademán al aire con la mano derecha—, a dos o tres metros de mí, con el hacha clavada y el mango como apuntándome. Y ella ensangrentada por todas partes. Sobre todo en la cabeza. No tenía cara. Sabía que era ella por el chaquetón. Se lo había regalado yo para su cumpleaños cuando aún no pasábamos tantos apuros en casa. Pero podía haber sido cualquiera. La cara no se veía. Tenía la cabeza destrozada y todo era un amasijo de carne, pelos y sangre. Algunos dedos de las manos los tenía cortados y estaban entre las latas de conserva. El cuerpo también estaba ensangrentado y en el medio el hacha clavada. No consigo olvidar ese hacha. Es horrible, pensar que la última

vez que vi a mi madre fue de esa manera. No sé si podré vivir con esto. No se me borra de la cabeza. Y todo por mi culpa.

El interrogatorio se detuvo unos minutos para que Paquita se tomara una manzanilla. El médico le había recomendado que dejara la tila. Después prosiguió:

—No diga eso, no diga que por su culpa...

—Sí, si a éste —dijo refiriéndose a su marido que permanecía con la cabeza medio agachada— no le hubieran dado la baja no habría pasado nada. Pero claro, ajustados como íbamos ya. Y encima con menos sueldo... El caso es que madre empezó a sisarle comida a padre para bajárnosla a nosotros. «Si la voy a acabar tirando, qué más da», me decía. También que padre no se enteraba porque tenía cuidado con lo que cogía. Pero cada vez nos traía más y la debió de descubrir. Ella ya sospechaba algo. Y ahora mire lo que ha hecho. Que no se enteraba, que no se enteraba. ¡Ay madre, hasta que se enteró y ahora qué...!

—¿Por qué piensa que ella ya sospechaba?.

—Por la llave. Padre siempre la colgaba en un clavo en la cocina. Ella lo sabía y cuando él se iba a la huerta entraba y cogía lo que veía que no se iba a notar. Después lo guardaba debajo de su cama y cuando bajaba a mi casa lo iba trayendo. Pero el miércoles, un día antes, me dijo que la llave había desaparecido. Que ya no estaba donde siempre, en el clavo, y que pensaba bajarme todo lo que le quedaba, no fuera que la descubriera. Y mira si la descubrió...

El agente hubiera seguido preguntando a la mujer, pero se puso en su lugar. Aún estaban muy cerca en el tiempo

los sucesos vividos y a nivel judicial su declaración sólo servía para aclarar las circunstancias del hallazgo del cadáver de la asesinada. Agradeció a Paquita su presencia y le preguntó si quería aportar algo más.

—No. Sólo que la llave... ¿Cuándo me la van a poder dar?

—Eso no está en nuestras manos. Será cuando el juez lo decida, pero si usted va y habla con él no tendrá inconveniente. Eso sí, espere unos días que con esto del crimen casi le da un infarto. Menos mal que lo hemos aclarado tan pronto...

Cuando Paquita abandonó el cuartelillo se sintió más tranquila. Los nervios le empezaron a aflojar el estómago.

Pero eso ocurriría unos días más tarde, ahora en su casa ni siquiera podía recibir a los vecinos que revoloteaban frente a la puerta. Cuando se decidían a entrar les recibía Andrés y su cuñado. Como apenas conocían al hijo, la mayoría se limitaba a preguntar por Paquita, a alabar las bondades de Pilarín y a comentar las rarezas de tío Vicente. Algunos preguntaban al cuñado por su cojera. Otros, que no sabían qué decir, le recordaban a Andrés travesuras de cuando era niño. Pero todos siempre la misma. La de cuando, a los ocho años, se había caído al pilón.

Sucedió en la fiesta de despedida de los mozos del pueblo de la quinta del 57. Un amigo le birló a su hermano, que era uno de los que se iban a la mili, una botella de anís del mono y los dos mozalbetes se cogieron una borrachera monumental. Fue la primera y última de su vida. A los chavales le dio por caminar por el borde del pilón de abreviar

las bestias y Andrés se cayó dentro. Entre el alcohol y las aguas, cogió tal tiritera que permaneció tres días en cama sin ir al colegio.

Entre tantos vecinos a los que saludó, tan sólo hubo uno que le hizo pensar que la causa del parricidio era que su madre le quitaba a su padre los víveres de la cueva almacén. Era Cagarrutas. Todo el mundo que oía por primera vez el mote lo relacionaba con las necesidades fisiológicas del hombre. Pero no. En realidad venía porque su abuelo había sido el primer cartero del pueblo y siempre se le veía en su bicicleta por pistas y caminos de cabras a toda velocidad llevando cartas.

—No hace mucho, un mes o cosa así —comentó—, estuvo persiguiendo a unos zagales con un cuchillo. Casi los mata del susto. Y todo porque con una especie de caña de pescar que se habían fabricado con un imán por anzuelo le robaban latas de mermelada. Estaba obsesionado con eso de guardar comida. Por lo demás, Andrés, nadie lo entiende en el pueblo. Era un buen hombre...

El hijo conocía muy bien esa obsesión de su padre, aunque no hasta ese nivel. De niño, a la hora de comer, siempre lo había visto dejar algo de comida envuelta en un papel y decir que había que guardarlo para después «por si acaso». Cuando le preguntaba por si acaso qué, contestaba que nunca se sabía lo que podía pasar.

El coche fúnebre llegó poco después de medianoche, al mismo tiempo que don Julián, el cura. Todos callaron, excepto las mujeres que rezaban el rosario, cuya retahíla

de vírgenes en soliloquio seguidas a coro por el consabido *ora pronobis* se colaba ya por todos los rincones de un pueblo en silencio sepulcral. El sacerdote sacó una cajita metálica de su bolsillo, la abrió y pellizcó unos polvos de incienso que espolvoreó sobre el ataúd. Después, los empleados de la funeraria trataron de introducirlo en el comedor sin hacer ruido, para que no se enterara Paquita y siguiera reposando. Pero no sirvió de nada.

—¡Madre!, ¡madre! ¿Qué le ha hecho padre? —empezó a gritar desde la otra punta de la casa y, sin que nadie pudiera detenerla, se arrojó sobre la caja, de la que ya no se separó hasta el entierro.

4

Un caballo fantasma

Viernes, 24 de marzo 1984

9.00 h.

Javier Plaza se metió en la boca una pastilla de paracetamol de 600 miligramos y tragó un buen sorbo de zumo de naranja. Cerró fuerte los ojos y con los dedos pulgar y corazón de la mano derecha se estiró hacia atrás los párpados y las cejas como tratando de sacudirse el dolor que le atenazaba. Después terminó su desayuno, café con leche en vaso largo, un bollo con pimentón de la zona al que llamaban *ochio*, del que todos hablaban maravillas pero que él sólo mordisqueó y desterró de su vista, y unas tostadas de ajo y aceite que apenas probó.

Hora y media antes, a eso de las siete de la mañana, se había despertado sobresaltado. Conocía muy bien

la causa. Durante quince minutos permaneció en duermevela tratando de recordar aquel sueño recurrente que le atormentaba y que una vez más se le había aparecido esa noche. Pero, como siempre, sólo se acordó de que había una estación de tren y un enorme reloj colgado del techo. Ni siquiera lograba saber nunca la hora que marcaba porque no tenía agujas. Y también, como si fuera un ritual, intentó dormirse de nuevo para volver al sueño. Pero el esfuerzo mental le empujó al mundo de los despiertos. Era como si tratara de agarrar un puñado de barro, que se le escapaba de entre los dedos.

Al final, como siempre, logró dormirse unos instantes. Pero sólo unos instantes y, de nuevo como siempre, se despertó con otro sueño. De la estación y el reloj nada de nada, así que ya no intentó dormir más. Por otras veces sabía que era inútil. Cogió el lápiz y la libreta de notas de encima de la mesilla y se puso a dibujar.

Finalmente se levantó. Miró entre sus cosas a ver si le faltaba algo. Lo primero la pluma, como de costumbre. Pero no. Estaba en el bolsillo interior de la chaqueta del pijama. No echaba nada de menos y por un momento el rostro se le iluminó. Una vez más albergaba la esperanza de que el sueño fuera la continuación del que le atormentaba. Se metió en la bañera veinte minutos y después se dio una ducha rápida con agua fría para amortiguar el dolor de cabeza que se iba apoderando de él. Se vistió y al final sacó la corbata del bolsillo. Dudó en ponérsela o no. Recordó que tenían que ir a ver a los *picos* y lo hizo. Al mirarse al espejo se acordó de su padre. Fue él quien le enseñó a

hacerse el nudo *wilson* cuando a los dieciséis años le compraron su primer traje para ir a la boda de su prima Rosa. Se lo aflojó un poco y le quedó como le gustaba: informalmente formal. Después recogió su bloc azul de la mesilla, miró unos segundos el dibujo que había hecho, torció ligeramente la boca en señal de desconcierto, lo cerró, lo metió en el bolsillo habitual y bajó a desayunar.

El hostel era el único del pueblo, uno de esos que sólo se llenan cuando se celebra una boda y llegan los parientes de fuera. Ahora estaba casi vacío. Sólo se alojaban Pepa, él y una cuadrilla de operarios de una compañía eléctrica nacional, que estaban tendiendo unos cables en la comarca para llevar la luz a unos pueblos recónditos de la sierra donde apenas vivía nadie. Precisamente fueron esos operarios los que le habían hecho despertar sobresaltado por el alboroto que hicieron cuando bajaron las escaleras.

Javier leyó los periódicos de la provincia, ya que los nacionales no llegaban hasta mediodía. En todos había importantes despliegues sobre el crimen, pero ninguno aportaba nada que le interesara. Sólo grandes fotografías y titulares que hablaban de conmoción. Algo que era moneda corriente. Salvo raras excepciones, en toda España este tipo de diarios eran más provincianos que provinciales y la información sobre los crímenes sucedidos en sus demarcaciones trataba de soslayar la realidad más profunda. Gracias a esto vivía *El Caso*. Cuando acabó de leer, subió de nuevo a la habitación para telefonar al director y ponerle al corriente de cómo iba el reportaje. Al bajar de nuevo, Pepa estaba terminando de desayunar.

—¿Que dice el baranda —preguntó ella, mientras encendía un cigarrillo y se repanchingaba en la silla.

—Bah... Que de momento no les ha salido la historia del crimen de la mujer del aceitero y que la nuestra, si pillamos buenas fotos, aparezca o no el viejo, va a portada.

Por aquellas fechas España entera estaba conmocionada por la muerte de María Teresa Mestre, la mujer de un aceitero encausado en el sumario de la colza, la venta a granel en mercadillos de un aceite adulterado que causó una epidemia de neumonía atípica con miles de afectados y cientos de muertos. La mujer había aparecido descuartizada en un vertedero en Cambrills y se especulaba con todo. Unos decían que se trataba de un crimen esotérico, ya que la muerta era aficionada a los videntes y dentro de uno de sus guantes se habían encontrado siete monedas. Otros que, convencida de la inocencia de su marido, se había puesto a investigar por su cuenta el caso y la habían asesinado por descubrir algo. Hasta se llegaba a apuntar a una multinacional farmacéutica alemana, a la que algunos acusaban de haber sido la responsable de la intoxicación masiva por la fabricación de un pesticida usado en plantaciones de tomates.

En *El Caso* tanto la epidemia como el crimen habían desatado ríos de tinta. A Charly, al periodista estrella de la redacción le habían dado el soplo sus fuentes de la policía de que el caso estaba a punto de caramelo. Por eso no había ido al «crimen del tío Vicente» y le había tocado a Javier.

—No, si el Charly es un listo. Con eso de la veteranía siempre se sale con la suya, como si esto fuera la mili. Él en Madrid y nosotros aquí. Y ya verás cómo no saca la historia. Aunque, la verdad, yo prefiero haber venido contigo, porque es que no le trago. Es un casoso. Con esa pinta de madero frustrado y tratándote siempre como una mindundi.

—¿?

—Hablando de otra cosa, que después de comer ya podemos poner rumbo al foro. Para llegar chachi, que el concierto es a las diez... Con las fotos del entierro, las que nos de el Borricas ese del malo y la muerta en vivo, más la del lugar de los hechos con los paletos y el juez, ya lo tenemos todo.

Antes de irse a dormir la noche anterior, cuando estaban cenando en el mismo sitio que ahora, se volvieron a encontrar con Borricas. El hombre les contó todas las historias habidas y por haber del pueblo. Sobre todo aquella visita de Franco que convirtió a Manolón en vecino y que realmente era el único acontecimiento destacable de los últimos cincuenta años. Hasta les enseñó el lugar de la pared del hostel donde permaneció durante años la foto del general saludando al alcalde, casualmente tío suyo, y que con la llegada de la democracia había sido sustituida por otra de la visita de don Juan Carlos a la provincia, aunque en esta ocasión el monarca pasó de largo por el pueblo.

Menos mal que el telediario regional de la noche les salvó. Al salir la noticia del crimen con la grabación de los reporteros que habían llegado con los bomberos al lugar

de los hechos, todos se callaron. Sólo entonces el pelmazo de Borricas dejó a Franco en paz. Las imágenes eran de esas exclusivas que sólo se pueden obtener gracias a la suerte. Estaba la llegada y primeros momentos de los bomberos, la sacada del cadáver de la muerta de la casa y el hacha dentro de una bolsa de plástico llevada por un guardia civil a un coche.

Y cómo no. Al terminar el reportaje, Borricas tomó de nuevo la palabra y empezó a hablar de tío Vicente y Pilarín. Les contó que había coincidido con ellos en una boda. Y cuando Javier le preguntó si tenía alguna foto le dijo que sí y se comprometió en llevarla al entierro para prestársela.

—¿Cómo? ¡Hiciste una foto del juez ayer saliendo de la casa! Por eso estaba tan cabreado. Si la publicamos ese hombre es capaz de procesarnos —le comentó Javier a Pepa, mientras recogía sus bártulos—. Venga, va. Vamos a ver a los picos, a las doce al entierro y después a intentar hablar con la familia, que aún no les hemos entrado.

—Chachi, pero si hay entrevista, que sea antes de comer. Por cierto... ¿qué dibujo es ese? ¿No estará relacionado con lo de tus poderes?

—¡Oye!, nada de guasas. ¿Vale?

—Chachi, tío. No te lo tomes así. Yo sólo...

—Bueno, venga. ¿Tú qué ves?

—Hummm, un caballo fantasma. ¿No será una de las Borricas?

—Venga, fuera de bromas.

—Pues eso, una especie de caballo fantasma y un círculo dentro de un cuadrado o algo así. Pero en serio, ¿está relacionado con lo de tus poderes?

—Hummm. No sé por qué te lo habré contado.

Javier tenía siete años cuando la madre descubrió unas Navidades lo de sus poderes. Entonces todo el mundo le conocía por Javierito. Más tarde, en la adolescencia, sería Javiero. Pues bien, Javierito acababa de salir de una pulmonía que le había mantenido varias semanas en cama y estaba con la madre comprando turrón en la confitería *Imperial* del pueblo. Entonces, de repente y sin venir a cuento, recordó en voz alta y con pelos y señales lo que le había traído el tronco cagón cuando tenía tres y apenas levantaba unos palmos del suelo.

El tronco cagón era una antigua tradición navideña de su tierra, que sólo su familia y unas pocas más practicaban. Era el encargado de traer los regalos a los niños. Consistía en un tronco de árbol hueco donde los niños ponían dentro turrón y después lo tapaban todo con una manta. Durante la comida, aprovechando que los niños estaban distraídos, los padres sustituían el turrón por los regalos y lo volvían a tapar. Después de comer los niños cogían unas varas y la emprendían ansiosamente a varazos contra la manta mientras repetían «tronco cagón, caga regalos y come turrón». Así hasta que los regalos salían al descubierto.

—¡Qué memoria tan prodigiosa tiene este niño! —dijo la pastelera con su habitual tono meloso al punto de que parecía que los dulces que vendía hablaban.

—Pero hijo, ¿cómo te puedes acordar de eso si eras tan pequeño? —le preguntó sorprendida la madre.

—Mamá, es que lo he soñado esta noche —contestó inocentemente Javierito.

A Orosia, la madre, le dio un vuelco el corazón. Pensó que ella era la responsable de aquello. Desde que Javier era niño le empezó a contar cuentos por la noche para que se durmiera. No lo había hecho con los anteriores, pero estando embarazada de él conoció a una pareja inglesa que daba clases en la universidad de verano del pueblo donde ella también impartía un seminario sobre civilizaciones precolombinas, como profesora de Historia Antigua que era. La inglesa, que era pedagoga especializada en casos difíciles, le dijo que los cuentos eran muy buenos para los niños. Empezó con los clásicos de Pulgarcito, Blancanieves, La Cenicienta y todos esos, pero unas semanas después, Javierito cayó enfermo de sarampión y no podía dormir por lo que le pidió a su madre que le contara uno nuevo.

La mujer no tenía ninguno y se inventó uno que le seguiría contando a lo largo de las noches durante su enfermedad y al que años más tarde durante la adolescencia él añadiría nuevos capítulos. Un cuento al que hoy en día aún no había puesto punto final y que empezara así:

5

Los Cuentos de Oniria I

El Reino de Despertar

Érase una vez un lejano planeta que se hallaba más allá de las estrellas que se ven en el firmamento. Un planeta donde convivían dos mundos muy distintos. Tan distintos que cuando uno brillaba el otro se apagaba y viceversa. Cada mundo era una especie de continente, situados uno en el este y el otro en el oeste. Uno en la superficie y el otro submarino. El resto era un océano compuesto por una extraña sustancia viscosa en la que era muy difícil navegar y mucho menos nadar porque te intentaba tragar. Los dos mundos estaban casi unidos por un istmo que de día la marea sumergía en una parte y por la noche en otra. Tan sólo había un instante en el que se permitía el paso por medio de una canoa de cedro, aunque había que hacer verdaderos equilibrios malabares para no naufragar.

El mundo de la superficie estaba en una meseta que impedía que por mucho que subiera la marea del mar viscoso nunca quedara inundado. Sobre la meseta, hermosas montañas, valles y ríos. Este mundo era azul, amarillo y rojo, y albergaba el reino de Despertar. En él brillaban dos soles paralelos y estaba repleto de aguas limpias y cristalinas que regaban sus inmensos campos de trigo y viñedos donde trabajaban sus habitantes. Justo en el centro se alzaba sobre una montaña la ciudad de Realia, donde vivía la gente y en el que destacaba un impresionante castillo construido a base de turquesas, con una torre tan alta que las nubes a su alrededor parecían anillos de humo.

El otro mundo, el submarino, sólo afloraba a la superficie por la noche y albergaba el Imperio de los Sueños. Era llano como la palma de una mano, lo iluminaban trece lunas dispuestas a su vez en forma de una enorme luna y toda su naturaleza era como de sedas de los más vivos y mezclados colores que se mecían suavemente al capricho de los vientos de Oniria, procedentes de la ciudad del mismo nombre. Oniria era una especie de gran estudio de cine donde, como por arte de magia, se construían por el día los decorados de los sueños que por la noche iban a tener los habitantes del reino de Despertar.

En Realia vivía una princesa tan bella que sus súbditos no podían mirarla porque si lo hacían quedaban tan prendados de ella que caían en un eterno insomnio. Al esconderse el primer sol todos los habitantes de Despertar empezaban a cruzar el océano de Neur a través del istmo de Som, lo que tenían que concluir antes de ocultarse el segundo. Se dirigían al Imperio de los Sueños, de donde no regresaban hasta el alba del día siguiente. Todos, excepto Karol, la princesa, que se quedaba por las noches a cuidar su reino acompañada por su traviesa hada madrina Guapadule. La princesa tenía prohibido cruzar el istmo. Estaba condenada a no soñar.

Pero un día todo cambió en el reino de Despertar.

—Buenos días, Princesa —le dijo el hada Guapadule—. ¿Oís los pájaros piar? Hoy hace una mañana espléndida. Los soles lucen como nunca en primavera. Los jardineros reales preparan las terrazas del mediodía para vuestro paseo matinal. Toda la corte se acicala y prepara las mejores galas para recibirnos como sólo vos os merecéis. La más hermosa entre hermosas.

—No oigo a Ángelo, el trovador —dijo Karol mientras se desperezaba estirado dulcemente sus finos y lagos brazos de ninfa virginal—.

¿Dónde están esos tonos y esos sonos que endulzan cada mañana mis oídos?

—¡Bah! Simples acordes de aficionado. No sé por qué le admiráis tanto. Hoy tocarán para vos y halagarán vuestros tímpanos e irisados ojos los mejores músicos, poetas y cingaros que han llegado de todos los rincones del reino para celebrar vuestro cumpleaños.

—Pero yo quiero al trovador y su laúd. ¿Dónde está?

—Qué importa dónde esté ese... cantamañanas.

—¿Cantamañanas? ¿Cómo te atreves a hablar así de él?

—¡Can-ta-ma-ña-nas! Os lo aseguro...

—¿Por qué decís eso?

—¿De verdad lo queréis saber?

—Claro, ¿no te das cuenta de que no puedo amanecer sin la caricia de sus compases?

—¿De verdad? ¿De verdad?

—Que sí. ¡Suéltalo ya!

—Está bien, así lo habéis querido... Dicen los heraldos reales que se ha enamorado de vuestra costurera y que ahora sólo compone trovas de zurcidos y remiendos... Para mí que tanta canción y tanto son le han vuelto algo tontorrón... Y lo digo en verso, para que en la vida también nos acostumbremos a su anverso.

—¿Cómo? —se irguió en la cama la princesa enojada— ¿De la costurera real? Pero si esa es una...

—Sí, Alteza, sí. Pero no lo digáis. Que ya sabéis que vuestro padre os enseñó que de los súbditos hay que alabar hasta las bondades de las que carezcan.

—Hummm, está bien —exclamó la princesa frunciendo el ceño y en tono autoritario—. Ordenad a la guardia que prendan al trovador y lo encierren en la torre para que no pueda escapar. Y reunid todo el tul y el hilo de oro disponibles para que ella misma y no otra me confeccione el velo de novia más largo y bello que se pueda imaginar. Así tendrá su merecido y cuando el velo esté listo para lucirlo da la orden de comenzar los preparativos de mis nupcias... He decidido casarme con el trovador.

—¡Pero Alteza!

—No se hable más....

Pasaron días, semanas y meses. La costurera real cosía por el día, pero al siguiente se encontraba todo descosido y tenía que empezar de nuevo. No sabía a qué se debía, pero no le importaba. Era como si el espíritu de la Penélope de Ulises se hubiera apoderado de su trabajo, que de este modo no concluiría nunca, y la boda entre su amado trovador y la princesa no se celebraría jamás.

Así hasta que una noche mientras recorría su reino la princesa Karol decidió ir a los talleres reales a ver cómo iban los trabajos de su velo de novia. Y allí encontró a Guapadule en un columpio mágico colgado en el aire mientras el velo se iba descosiendo poco a poco, con el mismo cuidado con que había sido bordado por la mañana.

—¡Guapadule! ¿Qué está pasando aquí? —le espetó Karol más enojada que nunca.

En un santiamén el columpio se esfumó y el hada cayó de culo al suelo.

—Esto... Humm... Es que los bordados no estaban quedando a la altura que vos os merecéis y me he tomado la libertad de.... ¿No querríais ser el hazmerreír de la corte en un día tan señalado como el de vuestra boda? —contestó la hada mientras se frotaba la nalga.

—Yaaa... ya. Así que no estaba quedando a la altura... Pues eso soy yo quien lo tiene que decidir, que para eso soy la princesa del reino de Despertar, que heredé de mi padre el rey Imsom, el hombre de los ojos amarillos que tan sólo se cerraron una vez, en el triste momento de su muerte.

—Pero recuerda princesa lo que me dijo en su último suspiro —añadió Guapadule cabizbaja en señal de nostalgia del rey que la liberó de la bruja Feaka.

—Claro que lo recuerdo. Que siempre velarás por mí. ¿Y esta es la forma de hacerme feliz? Desde aquella mañana en la que el trovador dejó de despertarme con las melodías que manan de su dulce laúd, el día se me hace eterno y no hago más que soñar con él...

—¿Soñar?! —exclamó enérgica el hada, como recuperando su poder sobre la princesa—. Sabéis que vuestro padre os dijo que os estaba prohibido soñar. Que eso sólo lo podían hacer vuestros súbditos mortales y que si vos lo hacíais perderíais el secreto de vuestra eterna lozanía...

—Ya lo sé —contestó Karol compungida y con dos lágrimas aflorando de sus azules ojos—. Ya veces creo que ese secreto es mi carcelero. Pero no os alarméis mi querida Guapadule.

Que soñar, sueño, pero lo hago despierta para no quebrantar los deseos de mi amado padre...

Karol y Guapadule se abrazaron como dos hermanas y lloraron hasta que los primeros rayos del primer sol de Realía hicieron abrir los ojos de la princesa, que se clavaron en el velo a medio deshacer. Entonces se separó del hada y la conminó a que a partir de entonces pasara todas las noches junto a ella para que no volviera a las andadas.

Y así ocurrió, hasta que unas semanas después la costurera hubo terminado las labores del velo.

—Buenos días, Princesa. ¿Qué tal noche has pasado? —le preguntó Guapadule.

—¿Cómo? —contestó Karol sorprendida—. Nunca me preguntas eso. Y, además, lo haces la mañana más feliz de mi vida. La mañana del día en el que ya jamás me faltarán las trovas del alba. ¿Cómo voy a estar? Muy feliz. Pero... ¿por qué me haces esa pregunta?

—Verás, Alteza —dijo titubeando el hada— es que se ha producido un contratiempo.

—¿Contratiempo? Acaso he ordenado yo algún contratiempo en día tan señalado. Traedme aquí al que se haya atrevido a contrariarme.

—No, Alteza. Mirad allá....

La princesa se deslizó desde su lecho de plumas de faisán, se asomó a la ventana de sus aposentos y lo comprendió todo. Su velo de tul. El más largo y bello velo de tul que ser vivo haya podido contemplar en vida, rematado en sus extremos con el hilo de oro más fino y brillante conocido, colgaba hasta la tierra y la alfombraba desde la ventana de la torre donde el trovador había permanecido apresado.

—¿Se ha fugado?

—Sí, Alteza.

—Gracias a mi velo.

—Sí, Alteza.

—Pues traedme a esa costurera plebeya, que se va a enterar.

—Eso no es posible.

—¡Qué no es posible! ¿Por qué?

Guapadule calló unos instantes y Karol lo comprendió todo.

—Se han fugado juntos. ¿No es así?

—Así es...

—¿Se sabe adónde han ido a refugiarse?

—¡Pues no!

—¿Cómo que no? Me lo estás ocultando. ¿Desde cuándo no sabes todo lo que pasa en mi reino. ¡Di la verdad!

—Está bien, vos lo habéis querido. Los guardias reales de la frontera dicen que los han visto en el borde del istmo de Som esperando la marea del alba. Van camino de Oniria.

—¿Dónde? ¿Allá donde no hay despertar y los sueños se mezclan con la realidad?

—Sí, Alteza.

—Y... ¿yo? ¿Por qué no puedo soñar, yo?

—Alteza ya lo sabéis. Porque vos sois la Princesa del reino de Despertar. Lo tenéis todo.

—¿Todo? Y me lo decís hoy que he perdido para siempre mi buen despertar.

—Sí Princesa, sí. Pero es que el Imperio Oniria está allá, al otro lado.

—Pues si no puedo despertar sin las trovas de mi Ángel amado, prefiero permanecer

dormida y soñar. Pronuncia las palabras mágicas que me transporten a Oniria.

—Pero, Alteza, si cruzáis el istmo de Som perderéis todo el poder y las riquezas que heredasteis de vuestro padre.

—Para qué quiero todo eso si no puedo tener a mi trovador. No nos demoremos más y partamos ya...

—No puedo hacerlo. Recordad de nuevo las últimas palabras de vuestro buen padre.

—¡Déjate de monsergas y no atences mi corazón! Si no lo haces te prometo dejarte de nuevo en manos de la bruja Feaka y nombrarla a ella mi hada oficial...

—Pero princesa, ella es malvada y me volverá a encerrar en el tarro de las esencias fétidas...

—Pues obedéceme.

Entonces, el hada Guapadule agitó su varita mágica y en el antiguo idioma realíco pronunció las palabras sagradas:

*«U kaanalil, Raka la muy, Desper vete,
Fanti Lomati, Sonsuru mutua, Kala seré,
Oniri tava ahauil naay wayak».*

Y así la bella princesa Karol empezó a sumergirse en un profundo sueño como nunca jamás había tenido. Pero antes de que se llegaran a eclipsar del todo sus preciosos ojos azules, las lágrimas que de ellos manaban configuraron un arco iris. Era una señal que hizo que Guapadule mirara al cielo por la ventana y en los dos soles radiantes vislumbró los ojos de su señor el rey Insom. Entonces volvió a agitar su varita mágica y dijo:

*«O tua malake, sin so va,
so lo no tsuve naach».*

Y el hechizo cambió.

El Imperio de los Sueños

Mientras todo aquello pasaba en Realia, en Oniria, a su zarina le ocurría algo parecido que a la princesa Karol pero, claro, justo al revés. Anuska, como se llamaba la zarina, estaba condenada a los sueños eternos y también le estaba vetado cruzar el istmo de Som que la conducía al reino de Despertar.

La zarina Anuska pasaba los días ideando los sueños de los habitantes del reino de Despertar, acompañada de Cascanueces, su jilguero bailarín con alas de águila, y Fado, su monito dormilón con cara de conejo. Pero un día estaba muy, muy aburrida y empezó a obsesionarse con que quería saber cómo era la realidad.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntaba en voz alta. Entonces, Cascanueces, que estaba

sobre su hombro, movió sus alas, revoloteó a su alrededor y se posó dentro de la casita de muñecas que Anuska conservaba de cuando era niña, junto a la cual descansaba plácidamente Fado.

Los ojos se le iluminaron a la zarina y se asomó a los miles de escenarios que se estaban configurando mágicamente para esa noche. Vio uno, le gustó y se coló en él, no sin antes disfrazarse de muchacho para pasar desapercibida. Era una moderna terminal de autobuses de un futuro no demasiado lejano. Estaba vacía, no había nadie aquella madrugada.

—¿Qué puedo estar haciendo aquí?, se preguntó.

Miró a un lado, miró al otro y vio llegar a Cascanueces sobre Fado, que habían logrado zafarse de las jaulas donde Anuska los había dejado hasta su previsto regreso la noche siguiente.

—¡Qué tonta he sido! ¡Claro! Seré un cingaro y vosotros... —dijo dirigiéndose a las mascotas con voz grave y ceremoniosa—: Señoras y señores, con ustedes: el jilguero bailarín y el monito equilibrista.

Sentada en un banco Anuska esperaba junto a sus mascotas la llegada del autobús. Pero pasaba el tiempo y ni llegaba el autobús ni

viajero alguno. Pensó que había elegido alguno de esos sueños perdidos que se quedaban sin usar, ya que siempre ocurría que algunos habitantes de Despertar no cruzaban el istmo de Neur y permanecían en vela en el reino por estar enfermos o con motivo de alguna celebración. La zarina se desesperaba. Pensaba que alguna maldición se cernía sobre ella, cuando hizo su aparición un alto y fuerte caballero andante con botas de piel de camello en los pies y jersey de lana de llama en el pecho. Y poco después llegó el autobús, repleto de gente. La sonrisa volvió al rostro de Anuska.

Al subir al autobús el conductor le dijo a Anuska que «ese simio tan raro» no podía viajar. Antes de que la zarina se enojara, ya que no estaba acostumbrada a que ningún humano la contrariara, el caballero andante terció en la conversación y dijo:

—Este mono, que no simio, es mío y no es de verdad aunque lo parezca. Es la última revolución en peluches robotizados —contestó, al tiempo que se volvía por un instante hacia Anuska para guiñarle un ojo—. Y si no, observad como mi ayudante lo desactiva.

Anuska tocó a Fado en la tripa, como si tuviera un interruptor, y el mono cayó dormido. Entre gruñidos, el conductor accedió a que Anuska lo subiera en brazos, no sin antes

ironizar: «Espero que esté mejor hecho que su boca» y se echó a reír.

Anuska y el caballero andante se sentaron juntos en las dos únicas plazas que quedaban libres.

—Le estoy muy agradecido —le dijo la zarina— pero no creáis que un muchacho como yo no hubiera podido salvar la situación. He pasado por otras mucho peores y aquí estoy.

—Un muchacho... y también una muchacha, pero recordad: «La pluma puede a la espada porque la imaginación puede a la ira».

—¿Cómo habéis adivinado que soy una muchacha? A lo que él, con voz grave y templada, contestó: —Los ojos de una mujer, nunca se pueden disfrazar.

Anuska quedó prendada de aquella melódica voz y no pudo evitar mirar de soslayo al caballero, que ya desde el primer momento había sentido como aquellas brillantes y despiertas pupilas se habían clavado como si fueran dagas en el centro de su corazón.

—¿Quién sois en realidad? —preguntó él.

—Soy la última descendiente de una estirpe condenada a la noche, cuya única familia la componen este jilguero y este mono, que

vaga errante en busca de una felicidad que nunca ha conocido. ¿Y vos?

—¿Yo? El fugitivo de una felicidad perdida que «armado» de una brújula acude a la llamada de su padre.

—¿Entonces, volvéis a casa?

—No. Yo no tengo ni hogar ni padre. Sólo que antes de morir este me dijo que en las tierras más allá de donde Hércules cimentó sus columnas, hay un lugar bañado por los rayos de la Cruz del Sur que al mezclarse con los de la Luna sanan a los humanos de los males del espíritu. Y hacia allá me dirijo.

—¿Y qué mal amenaza el vuestro?

—El peor mal que ser humano alguno pueda sufrir. El mal de los males. El mal de la soledad.

—Pero ahora estáis conmigo...

—Eso quiere decir que vos deseáis acompañarme.

—¿Quién sabe? Lo pensaré durante el viaje —contestó Anuska, retirándole la mirada para fijarla pensativa en la carretera y hacerse la interesante mientras su compañero de viaje esbozaba una leve media sonrisa.

Como era de prever y ya estaba escrito en los anales de la Biblioteca de Oniria, Anuska y el caballero andante embarcaron a bordo del Berkane en busca de aquel mítico lugar. Pero cuando se encontraban en medio del mar, allá donde el espacio es siempre circular y el tiempo no parece pasar, llegó la hora de despertar. Y al despertar, ni Anuska era zarina ya, ni el caballero andante tal. Se habían convertido en una costurera y un trovador que acababan de cruzar el istmo de Som, huyendo del reino del Despertar, para tejer sus vidas con los hilos de amor.

6 Mensajes de los sueños

La madre de Javierito le relató esta última parte la noche anterior de aquel día en que estaban comprando turrón en la pastelería. Como la mujer se asustó por el sueño del tronco cagón y el niño ya estaba recuperado decidió no continuar con el relato, a pesar de la insistencia del chaval. Le dijo que ya no se le ocurría nada, que él ya era mayor para esas cosas y corrió un tupido velo para no dar más importancia a lo sucedido. Pero cuando Javierito volvió a contar sus sueños en otras ocasiones, incluso delante de gente, la mujer se preocupó. Se apoderó de ella un fuerte sentimiento de culpa. Pensó que su hijo podía tener algo en la cabeza que ella sin querer le había metido y que podía ser peligroso para su desarrollo. Entonces, decidió acudir a un psicoanalista muy «sabido» de Zaragoza, al que le explicó todo lo sucedido.

—No se tiene que preocupar señora —la tranquilizó el especialista—. Todos tenemos ese sexto sentido que observa en su hijo, sólo que él lo tiene muy desarrollado. Es como si, por ejemplo, usted al llegar aquí en un solo golpe de vista haya recorrido esta habitación, pero a lo mejor no se haya fijado en... aquellos cuadros, por ejemplo, donde está la reproducción de El Bosco. Sin embargo, su inconsciente, no se sabe porqué, sí se ha fijado. Pues bien, después, dentro de, yo que sé, diez años, usted, tampoco se sabe porqué, sueña con este cuadro. Y ese mismo día ve el original en un museo que desde días antes tenía previsto visitar... ¿Qué le parece? Pues esto es de lo más corriente y nos sucede a todos todas las noches. Lo que pasa es, ya le digo, que casi nadie se acuerda de los sueños. Y por lo visto su hijo sí lo hace y con más frecuencia de lo normal.

—¿Seguro?

—Seguro que no pasa nada. Puede dormir usted tranquila...

—Si es así, ¿debo decirle algo a él?

—Eso ya depende de usted.

—¿Pero usted qué haría si fuera su hijo?

—Le diría que cuando recuerde un sueño sea discreto y si hay gente no lo diga y ya está. O mejor, no le diría nada, ya que conforme se haga mayor dejará de hacerlo. Creo que es lo más apropiado, porque si le dice algo se puede obsesionar y, al fin y al cabo, le repito, lo único que tiene es una especie de sexto sentido más desarrollado de lo normal.

Orosia intentó obedecer al psicólogo hasta que, más pronto que tarde, Javierito lo descubrió: «Mamá, por qué me preguntas todos los días si he soñado», le recriminó un día. La mujer no supo qué contestar y acabó confesándole todo.

—¿Por eso no has seguido contándome los cuentos de Oniria por la noche?

—No, hijo. Los cuentos terminaron con la zarina Anuska y el caballero andante convertidos en la costurera real y el trovador Ángelo enamorados. ¿No te acuerdas?...

—Humm...

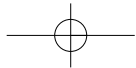
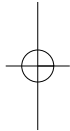
Javier no quedó muy convencido. Aquellos cuentos no podían terminar así. No tardaría mucho en seguir la estela de su madre e inventarse el siguiente. Lo titularía «El Océano de los Recuerdos Perdidos» y de lo que sí estaba convencido es de que, a partir de entonces, no hablaría con nadie de sus sueños. Sobre todo, al percatarse del hecho de que, efectivamente, en ocasiones soñaba cosas en las que antes se había fijado sin darse cuenta. Al principio se lo tomó como un juego, pero a partir de la adolescencia se convirtió en una pesadilla. Cada vez que tenía un sueño de este tipo se despertaba agitado y nervioso de madrugada. Ya no podía conciliar el sueño y pasaba un día de perros. Era como si detrás del sueño que recordaba hubiera otro que le atormentaba y se desvanecía. Y ése no era capaz de atraparlo.

Javier se obsesionó. Empezó a dormir con una libreta y un lápiz en la mesilla. Cuando se despertaba apuntaba lo que había soñado. Más tarde empezó a hacer dibujos. Pero

nada. Siempre acababa por superponerse el otro sueño, fruto del cual solía acabar encontrando algo que había perdido y nada más. Una vez le pasó con la pluma Mont Blanc que le regaló su padre cuando terminó la carrera. Llevaba buscándola un mes. Pues bien, un día soñó que a unos ladrones de banco se les caía el dinero a raudales mientras huían. Esa misma mañana acudió a su banco y al sentarse en el sillón de siempre se le escurrieron unas monedas del bolsillo. Metió los dedos por entre el cojín del sillón y se tropezó con la pluma. Llevaba allí al menos diez días, desde la última vez que había ido al banco, y no la había encontrado nadie. Desde entonces, cada vez que relacionaba algo que le pasaba con algún sueño no podía evitar la búsqueda del porqué en sus dibujos, que más bien eran garabatos que sólo él entendía ya que como artista dejaba mucho que desear.

Ahora, en aquel pueblo de Granada donde se encuentra desde el día anterior como enviado especial del semanario *El Caso* para investigar el crimen de tío Vicente y su desaparición, lo que Javier Plaza quiere representar en el dibujo, que Pepa, la foterá, le ha descubierto al terminar su desayuno, es un caballo blanco flaco, tan flaco que hasta se podrían contar sus huesos. Un corcel esquelético, cubierto con una especie de túnica roja de la que sobresalía en la cabeza un capirote puntiagudo como los que llevan los penitentes en Semana Santa. El equino galopaba sobrevolando el cielo de Europa a cámara lenta, espoleado por unas botas negras sin jinete y cayéndosele las pocas carnes que le quedaban junto a jirones de la túnica que el

viento desgarraba. Era como si estuviera contagiado de lepra. Así hasta que, al final, traspasaba volando una especie de espejo negro rectangular y se introducía en un túnel oscuro y redondo al final del cual se zambullía en un mar fétido que emanaba gases venenosos. Tan oscuro como ese algo que el reportero sabía que revoloteaba por su inconsciente y que más pronto que tarde llegaría a desvelar.



7

Por el camino del gato

Viernes, 24 de marzo 1984

10.00 h.

En aquel pueblo granadino había menos gatos que perros. Y entre todos los felinos había uno blanco moteado con distintos tonos de pardos, rojos y negros al que todos llamaban Retales. El animal siempre merodeaba en busca de algún coche recién aparcado para dormitar sobre el capó caliente. Como si de un ritual se tratara, cada mañana, hacia las diez, con extrema puntualidad, antes de que el calor se disipara, acudía al cuartelillo de la Guardia Civil. Era la hora en la que solía terminar la primera ronda matinal. Pero ese viernes el Nissan Patrol de siempre no estaba en el lugar acostumbrado. Miró a un lado arqueando la cola hacia arriba, miró hacia el otro,

hacia atrás, dio media vuelta y al salir al trote del recinto para ir en busca de otro «colchón» se cruzó con Javier y Pepa que entraban.

El cuartelillo era uno de esos con patio, bandera y edificio central con cuatro viviendas en la parte trasera. No había movimiento. Sólo estaba Manolón de guardia en la puerta, que aclaró a los periodistas que el rastreo lo había vaciado todo:

—Por la mañana llamó el gobernador. Dijo que un loco como tío Vicente no puede andar suelto por ahí. Yo me he librado porque alguien se tenía que quedar aquí, que si no...

—Y Castro...

—El teniente es el primero que se ha ido con sus hombres. De su equipo sólo está el sargento Cerezo, controlando las comunicaciones internas y por si llama alguien diciendo que lo ha visto.

El sargento Cerezo era más amigo de el Charly que el jefe. Él era quien al final de la jornada, en la taberna de la comandancia, le contaba los más escabrosos detalles de los crímenes y le proporcionaba el mejor material gráfico. Corpulento, con una vigorosa barriga y cara de pocos amigos, en el fondo era un buenazo. Siempre decía que le hubiera gustado ser periodista, como los de *El Caso*, pero si le sacabas de redactar legajos e informes oficiales no sabía escribir ni una postal de Navidad.

—¡Escucha Pepa! —dijo Javier, con las diligencias de la inspección ocular en la mano y gratamente sorprendido—: «...todo parece indicar que la víctima fue sorprendida robando comida al presunto asesino, momento en el que éste agarró el hacha y...».

—Sí —aseveró Cerezo, mientras Javier y Pepa esbozaban una leve sonrisa de complicidad—. Después de iros vosotros, el teniente encontró ayer en la casa más comida almacenada. Estaba debajo de la cama. Y es que el teniente es un lince. Al menos tenemos móvil, aunque no tengamos asesino.

—Ya, pero como es un lince, seguro que lo encuentra —alegó Javier con ironía, refiriéndose al informe que acababa de leer y añadió con tono burlesco—: ¿Sólo tenéis esto?

—La autopsia aún no ha llegado. Parece que los dos cortes que tenía la víctima afectaron a tantos órganos que el forense va a tener que trabajar de lo lindo para redactar el dictamen. Lo que si están son las fotos, pero tengo órdenes estrictas de que ni os las llevéis ni las reproduzáis.

En ocasiones la Guardia Civil, sobre todo, y la Policía facilitaban a los de *El Caso* algunas de las fotos del cadáver que se adjuntaban al sumario. Eso sí, cada vez con menos frecuencia. Y nunca si se veía al muerto de frente o eran excesivamente morbosas. Como la de Pilarín, que parecía hecha en un matadero. La diferencia es que el animal sacrificado era un ser humano.

Cuando se publicaban fotos de estas los colegas decían que el periódico chorreaba sangre. Y los tiempos ya no iban por ahí. Antes sí. Durante el franquismo, la censura sólo permitía publicar dos crímenes a la semana y aquellos que terminaban negro sobre blanco desteñían en su lectura el rojo sanguinolento del líquido vital por el que se les escapaba la vida a los «clientes» del semanario. Con la

democracia las cosas habían cambiado y con la llegada de los socialistas al poder más aún. El crimen se había socializado. Su tratamiento ya no era desde aquel punto de vista criminalístico que dividía a los hombres en buenos y malos. Ahora imperaba el punto de vista criminológico y el malo ya no era tan malo: Simplemente las circunstancias le habían superado. Por eso, el principal reto de los reporteros de *El Caso* era descubrir esas circunstancias. De ese modo los lectores, pese a identificarse o a identificar a alguien de su entorno con el asesino o la víctima, podrían experimentar una catarsis y respirar tranquilos: las circunstancias le serían ajenas.

—¿Y eso? —preguntó Pepa, refiriéndose a una cinta de vídeo que había junto a las diligencias—. ¿No os dedicáis también a grabar ahora las inspecciones oculares?

—Qué va. El juez, le ha dicho a Castro que pida a los de la tele el material que grabaron. ¿Las habéis visto?

Javier cogió la cinta y por unos instantes se quedó con la vista perdida hacia ninguna parte. Lo mismo que le había ocurrido la tarde anterior cuando estaba mirando el interior de la cueva quemada y Pepa le apartó para hacer una foto. Era su inconsciente, que le indicaba que ahí se encontraba otra de las piezas claves para completar el puzle del crimen. Pero él todavía no se apercibía de ello...

—Sí —contestó Pepa— ayer en la tele del hostel. Vaya potra. Estar haciendo un reportaje institucional cuando les suena la flauta del crimen. Así ya se puede. Con buena picha, bien se jode...

—¡Pero Pepa! —le recriminó Javier clavándole la mirada.

—Uy, perdón —respondió una Pepa extrañamente ruborizada.

—Anda, que como te oyera tu madre...

—Esa, capaz sería de excomulgarme. Claro que a mí eso me da igual. Pero lo siento, de veras. Que se me ha escapado. Ya está...

—No, si estos de la tele acabarán con vosotros —comentó Cerezo para cambiar de conversación.

—Pues yo no me veo con un armatoste como el que llevan al hombro. Con lo que debe de pesar —contestó Pepa.

—¿Están sólo las imágenes que se emitieron o hay más? —preguntó Javier, interrumpiendo la animada conversación que empezaban a tener Pepa y el sargento Cerezo.

—Está todo lo que grabaron, pero aún no las hemos visto. Han llegado hace un rato y el teniente ya se había ido. ¿Queréis verlas?

En la carátula del vídeo aparecía escrito a mano con rotulador y en mayúsculas la leyenda «Crimen de la Cueva», la fecha y el nombre del pueblo. Después, una relación de planos grabados cronológicamente con el *time code* de cada uno: Primeros momentos, Bomberos apagando fuego, Vecinos, Hija víctima, Ataque nervios hija, Guardia Civil, Juez, Furgón, Salida cadáver.

Había algo que le empujaba a Javier a ver las imágenes, pero se acercaba la hora del entierro y querían ir a la casa de la hija de donde saldría la comitiva fúnebre. Los entierros eran el mejor vivero para hacer fuentes de información.

Además, el rastreo no había dado resultado de momento y el teniente Castro no descartaba que tío Vicente estuviera escondido por las inmediaciones y apareciera durante la inhumación. Ya le había pasado algo parecido cuando era jefe de línea de un pueblo extremeño de la denominada España profunda. Un hombre había matado con una azada a su mujer en el transcurso de un ataque de celos infundados y mientras la Guardia Civil lo buscaba por las huertas apareció histérico en el cementerio. Quería que se abriera la caja para despedirse de su víctima y tuvo que ser el cura, ayudado por unos pocos vecinos, quien lo redujo. Y el teniente Castro, además de un lince, era todo un caballero y no podía permitir que alguien con faldas, aunque fuera de sotana de cura, le hiciera su trabajo. Si volvía a repetirse lo tendría todo dispuesto, hasta el último detalle.

11.00 h.

Por el mismo camino que había llevado el gato Retales al salir del cuartelillo en busca de un coche calentito se llegaba al centro, que se adivinaba porque ahí estaba la casa consistorial y la iglesia, coronada en su torre por una enorme y solitaria campana que ya tañía a muerto, imponiendo un silencio sepulcral que respetaban religiosamente el par de centenares de almas del pueblo. Casi todos habían abandonado sus tareas cotidianas para acompañar a la desdichada Pilarín en su último trayecto al cementerio. Antes sólo iba de vez en cuando para llevar flores y limpiar la sepultura de sus padres y un hermano muerto durante la guerra por ser amigo de un comunista y tener la mala suerte de estar acompañándole cuando lo detuvieron. Esta vez se quedaría allí para siempre.

No fue necesario preguntar para dar con la casa. En una de las calles que bordeaba la iglesia, a unas cuantas zancadas, un remolino de gente se agolpaba en torno a una puerta. Javier le dijo a Pepa que guardara de momento la cámara en la bolsa. En aquellos momentos se jugaban el reportaje. Si entraban bien a la familia tendrían toda la historia. Y por fin descubrirían qué le había sucedido a tío Vicente en la guerra y porqué le había dado por almacenar tanta comida.

Ahora al cura le ayudaba un monaguillo, que le llevaba las artes de purificar espíritus. Como si de una estrella

de cine se tratara, era el último en llegar. Entró en la casa, rezó un responso, vertió más incienso con una especie de sonajero metálico agujereado y salió ceremonioso a paso lento. Detrás, cuatro hombres alzaron la caja y se la echaron al hombro. Y más atrás, Paquita fue llevada medio en volandas por su cuñada y su amiga Adelina. Conforme avanzaba la comitiva, a la cola se iban sumando parientes y vecinos que abarrotaron la iglesia.

Las misas de difuntos eran una bicoca para los fotógrafos. Forzando la película para no tener que usar el flash podían hacer fotos y más fotos pasando desapercibidos. Y si alguien se daba cuenta sólo recibían un gesto en señal de disconformidad, pero nadie se atrevería a montar escándalo alguno.

—Ven —le dijo Pepa a Javier en voz baja tirando de él hacia atrás.

—¿Qué ocurre?

—Chiss. Calla.

Pepa sacó a Javier de la iglesia y le señaló con la mirada hacia un lugar donde estaba Borricas.

—Dice que no ha podido traer la foto porque es muy grande y está en un álbum. Además, el asesino y la muerta no aparecen solos. Hay otros y no quiere que se les vea. A ver si tú le puedes convencer para que nos la deje.

En *El Caso* ya se podían tener las mejores instantáneas que cualquier diario hubiera publicado con gran despliegue, pero si no se tenía la del muerto en vivo y la del asesino, el tema no iba en portada. En el semanario los crímenes sin aclarar tenían que ser muy conocidos para darles importancia. Los crímenes rurales tenían que estar totalmente

esclarecidos. En este caso, aunque no había aparecido tío Vicente, nadie dudaba de que era el asesino.

Javier y Pepa no tuvieron que esforzarse demasiado para conseguir que Borricas les llevara a su casa. Estaba a tres minutos de reloj. Al abrir el álbum lo primero que vieron fue una foto de sus dos hijas vestidas de comunión y montadas sobre sus pollinas. Javier y Pepa se miraron haciendo verdaderos esfuerzos para no mondarse de risa. Javier hasta llegó a pellizcar a Pepa, que no lo podía resistir.

—A que son bien majas —comentó Borricas.

—Chachi que sí —contestó Pepa, mientras Javier asentía con la cabeza, aunque ninguno de los dos sabía si se refería a los animales o a las niñas.

—Pues esto no es nada. Os voy a contar un secreto y porque no sois de aquí. ¿A que no sabéis qué les voy a regalar a mis hijas el domingo para su cumpleaños?

—¿Cuántos cumplen?

—Dieciocho.

—No sé ¿el qué?

—Me tenéis que prometer que no se lo vais a decir a nadie aquí, porque van a ser la envidia de todo el pueblo.

—Secreto profesional. Prometido.

—Un carruaje, así cuando se casen las llevaré yo con las pollinas a la iglesia. Ya veréis, se van a poner locas de contentas...

Javier y Pepa no sabían qué decir. Menos mal que apareció la foto de tío Vicente y Pilarín. La reprodujeron y con la excusa de volver al funeral de cuerpo presente consiguieron deshacerse de Borricas que, al principio les había

servido de mucho, pero que cada vez se ponía más pesado. Vamos, que no había quien le aguantara.

La misa duró cuarenta y cinco minutos de halagos a la difunta y ni una sola referencia al ateo parricida de su marido. Después, la comitiva fúnebre continuó su camino hacia el cementerio, custodiada por unos cuantos guardias civiles y otros cuantos reporteros. A Javier y Pepa se sumaron dos periodistas de la televisión regional y dos más del periódico de la provincia. Como era de esperar, el lince de Castro se equivocó otra vez y tío Vicente no hizo acto de presencia.

Las exequias fúnebres se celebraron con absoluta normalidad. Paquita se volvió a desmayar y tuvo que regresar en coche a su casa. A su marido se le vio cojear más que nunca, sobre todo cuando le grababan los de la tele. El último que abandonó el camposanto fue Andrés, que se quedó a recibir el pésame de las cerca de centenar y medio de personas del pueblo y aledaños que se acercaron a despedir para siempre a Pilarín.

8

Los Jinetes de Noé

Viernes, 24 de marzo 1984

13.30 h.

Andrés quería sumarse al rastreo en busca de su padre, pero el teniente Castro le quitó la idea de la cabeza. O mejor dicho, se lo ordenó. Volvió a la casa de su hermana, donde accedió a que le entrevistaran Javier y Pepa, aunque sin fotos. En la conversación se dieron cuenta de que era uno de esos hombres reservados, de los que nunca se sabía lo que pensaban, pero que, en cambio, sí podrían aparentar aquello que los demás le exigían. Por eso había hecho carrera en la Guardia Civil. Ya sabía que el móvil más probable del uxoricidio, el crimen en que el hombre mata a su cónyuge, era que su padre había sorprendido a su madre hurtándole comida. Y aunque desconocía la causa concreta que le había conducido a acumular tantos víveres en los últimos

tiempos, sí sabía la razón última: el hambre que pasó en guerra. Así se lo había contado en la misma casa donde estaban cuando Andrés tenía dieciocho años y se iba pronto de voluntario a la mili.

Coincidió con un 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República, que siempre se celebraba en su casa sin que nadie se enterara. Ni siquiera ellos sabían que era con ese motivo. Sólo que un día al año había comida especial en casa. Aquel día de aquel año, Andrés observó cómo su padre introducía, disimuladamente, las lonchas de jamón y algunos curruscos de pan que habían sobrado del aperitivo en un bolsillo. Después de la comida, en el huerto, Andrés le preguntó. El hombre se echó la mano al bolsillo y comprobó que era cierto. No quiso decirle a su hijo que lo había hecho inconscientemente, sin darse cuenta. Pero aprovechó para narrarle en secreto su propia historia.

—Aún no había cumplido tío Vicente los dieciocho años cuando estalló la guerra —empezó a relatar el hombre mientras daba cuenta del jamón y el pan—. Yo era pastor y todos los días salía al campo con las cabras del señor don Pedro, el padre de Pedrito, que entonces ya eran ricos y mucho más de derechas. Y allí estaba yo, en la barranquera, cuando llegó una partida de anarquistas que se dirigían a Barcelona. No los conocía de nada. Me apuntaron con una especie de trabuco que llevaba uno y me obligaron a matar, desollar y descuartizar dos cabras. «Pero si llego sin ellas, don Pedro, el amo, me va a matar a mí», le dije al que llevaba la voz cantante, que me contestó: «Ese

don Pedro seguro que es un fascista. Después pasas a cuchillo a las otras, que más valen muertas que para alimentar a un enemigo del pueblo».

El joven Vicente no sabía con exactitud qué era eso de fascista pero, por lo que decían sus secuestradores, don Pedro tenía toda la pinta de serlo. Tras la carnicería decidió unirse a los anarquistas. Al pueblo no podía volver sin las cabras y, además, allí no había nada que le arraigara. Su madre había muerto de parto cuando él tenía siete años y, otro después, su padre se fue con una cuadrilla de segadores. Ya no regresó jamás. Además, sus tres hermanas pequeñas habían sido recogidas por una institución caritativa religiosa y no las veía desde entonces.

—Ya en la travesía empecé a saber lo que era el hambre. Cómo el estómago vacío nubla la mente y convierte en un diablo al mejor de los hombres. Nos llevamos tanta carne como pudimos, pero apenas duró dos semanas y eso que tardamos un mes y medio en llegar a Lérida. Caminábamos de noche y dormíamos de día. Nos alimentábamos de piñones y raíces y sólo de vez cuando de algún pajarillo que caía en las trampas que poníamos por la noche. En Lérida nos unimos a una columna revolucionaria y nos desquitamos. Pueblo al que llegábamos lo liberábamos del Estado opresor, convirtiéndolo en una colectividad. Allí sí que no faltaba de nada. Engordé como nunca en mi vida.

Pero la alegría dura poco en casa del pobre. Y Vicente lo era.

—Al poco tiempo —dijo Andrés a los reporteros—, le obligaron a ir a Madrid para unirse a la defensa de la capital, asediada por las tropas de Franco. Y después al frente del Ebro. De nuevo el hambre, la derrota y al final de la guerra una travesía de centenares de kilómetros a pie hasta la frontera con Francia, donde llegó lo peor...

Estaban en el momento más interesante de la historia cuando el teléfono sonó en la otra habitación y la mujer de Andrés entró para avisarle. Cuando regresó, se le veía agitado y dijo que se tenía que ir. Al principio se resistió a informar a Javier y a Pepa de lo que pasaba, pero acabó cantando de plano. La llamada era del sargento Cerezo. Unos excursionistas habían visto a un hombre esconderse en el pinar de la ermita y se pensaba que podía ser tío Vicente. Sólo había una cosa que a Andrés no le cuadraba. Decían que el hombre llevaba una escopeta y a su padre nunca le había visto con un arma de fuego encima.

Javier arrancó el vehículo y siguió las indicaciones de Andrés, mientras a Pepa, en el asiento de atrás, se la veía inquieta. Temía que si se encontraba al asesino vivo, el jefe les obligaría a quedarse al menos hasta que ingresara en prisión. Eso podía durar tres días y adiós muy buenas a su soñado concierto. Como intentando ayudar al destino, dio rienda suelta a esa faceta de perdedora en la que se había instalado desde la muerte de su padre y empezó a restar validez a la teoría de que el hombre al que habían visto los excursionistas fuera tío Vicente.

—Ahí va a estar —dijo en voz alta y con retintín —para que llegue yo y haga el fotón de la captura. Chachi que eso

no se lo cree nadie... Yo que usted no me haría ilusiones. Y no es por nada, yo no sé si será amigo suyo, pero —añadió nuevamente con tono burlesco: el teniente Castro me temo que no da ni una. Si dice que está ahí, seguro que está en la otra punta de la provincia.

Pepa no iba descaminada. Nada más llegar el propio Castro les informó que había sido una falsa alarma. El hombre al que habían visto los excursionistas era Zacarías, el guarda del cortijo de los herederos de un señorito de Granada que estaban peleados desde el testamento y casi nunca iban por ahí. El hombre apenas bajaba al pueblo y para comer practicaba la caza furtiva. Asustado, al verse cercado por la Guardia Civil, se parapetó detrás de un árbol y amenazó con disparar. Castro, cuyo padre fue alférez de complemento del bando nacional durante la guerra, había dispuesto un operativo casi militar. Había escuchado tantas batallitas a su padre que ya veía a tío Vicente como un «rojo» peligroso que se había vuelto a levantar en armas.

Al percatarse de que era Zacarías, su decepción se tradujo en ira. Poco faltó para que diera la orden de disparo. Pero al ver temblar al pobre hombre, que le ofreció a cambio un conejo que llevaba atado con una cuerda al roído cinturón de cuero que mal sujetaba sus andrajosos pantalones de pana, a Castro se le ablandó su corazón de piedra. Hasta lo dejó marchar sin más por indicación de sus hombres, que le convencieron de que iniciar diligencias retrasaría la búsqueda de tío Vicente.

14.30 h.

Javier, Pepa y Andrés ya se disponían a regresar de nuevo al pueblo cuando, al abandonar el puesto de mando que había establecido la Guardia Civil junto a la ermita, Plaza se detuvo ante una inscripción hecha en una pared a la altura de los ojos. Como a punta de navaja o destornillador se había grabado un triángulo de un palmo de largo, pintado de rojo, y debajo una serie de rayas y puntos, y entre paréntesis la fecha 21/6/79...

—¿Chachi, a que eso es lo que había en el capirote de tu caballo? —le preguntó Pepa.

Javier la miró, volvió a mirar el grabado, subió las cejas y como si se sacara una espina pensó: «!Ya está!» y dijo un: «!A la cueva!», con tanta seguridad que Pepa y Andrés le siguieron sin preguntar nada hasta llegar al coche.

—A la cueva, ¿a qué? —preguntó entonces Andrés con manifiesto enojo. Había querido quedarse en el rastreo pero al final había desistido por «consejo» de Castro.

Andrés ya se estaba cansando de la actitud del teniente. Se debatía entre su papel como hijo de la víctima y del presunto autor y su condición de guardia civil de menor graduación que Castro. Por un lado pensaba que tenía todo el derecho del mundo a conocer el desarrollo de las investigaciones del crimen mientras no las entorpeciera, pero por otro no podía dejar de acatar las órdenes de su superior.

—Déjelo —interrumpió Pepa—. Es que a veces Javier pierde cosas, le da un lapsus como el de ahora y chachi que la encuentra. Desde que vinimos le ha dado por buscar la llave de la cueva quemada y, ¿qué le vamos a hacer? —concluyó encogiendo los hombros.

—Hombre, si es eso —dijo Andrés, sin comprender apenas nada, y se subió al coche.

—¿Dónde podemos encontrar una caña de pescar? —le preguntó Javier.

—Seguro que habrá alguna por la casa de mi hermana. ¿Para qué la quieres? —contestó, mirando con extrañeza a Javier, que le invitó a que siguiera contando la historia de su padre durante el trayecto.

—Nos habíamos quedado en Francia, cuando llega a la frontera —añadió audazmente Pepa.

Andrés se detuvo unos instantes para recordar y continuó:

—Si antes lo había pasado mal, a partir de entonces llegó lo peor. Primero el campo de refugiados. Hambre y más hambre. Después, cuando estalló la guerra en Europa, la Legión de Extranjeros fue por los campos reclutando hombres y se alistó. Era la única forma de huir del hambre y las enfermedades. Pero a los españoles los usaban para las misiones más peligrosas y fue hecho prisionero. Tres años pasó metido dentro de un campo de concentración. Tres años en los que vio morir de hambre y tuberculosis a casi todos sus compañeros.

—Seguro que estuvo en el campo de Sachsenhausen —interrumpió Plaza.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Andrés, mientras miraba a Pepa que le subió las cejas como queriéndole decir que así era Javier.

—Porque aquel campo se construyó para alojar a prisioneros franceses e izquierdistas y llevaban un distintivo que era un triángulo rojo en el centro. Murieron muchos pero está claro que su padre se libró. ¿Cómo lo consiguió?

—Según me contó porque de lo poco que les daban de comer en todo el día, un chusco de pan duro y un cazo de puré de judías que era como engrudo, se lo racionaba para hacer tres comidas al día. Y, además, siempre tenía algo guardado por si algún día no llegaba el rancho. Así fue acostumbrando poco a poco su cuerpo a mantenerse activo con lo mínimo. Tenía 27 años y pesaba sólo cuarenta y tres kilos vestido cuando los aliados liberaron el campo. Pero estaba vivo y en la pequeña despensa que se había hecho debajo de una tabla de su camastro, tenía comida para un mes. «El que guarda siempre tiene», solía decir.

De nuevo en libertad, Vicente sólo pensaba en regresar a España. Se unió a los maquis que cruzaron la frontera y una vez aquí tiró las armas y pertrechos y regresó al pueblo.

—¿Y no le detuvieron?

—Qué va. Aquí no contó nada hasta bastante tiempo después de llegar la democracia. Durante la contienda civil usaba el nombre de guerra de Timoteo y, como apenas sabía leer y escribir, siempre firmaba estampando la huella de su dedo índice. Llevaba casi diez años fuera y al llegar dijo que lo último que recordaba fue cuando los anarquistas le sorprendieron con las cabras y le dieron un culatazo

en la cabeza. Y que a partir de entonces no sabía lo que había hecho. Sólo se acordaba de que hacía cosa de un mes estaba tirado en una calle de Madrid con un fuerte dolor de cabeza y mucha gente a su alrededor, que le dijeron que había sido atropellado por una bicicleta. Gracias a este nuevo golpe, dijo, había recuperado la memoria y había decidido volver al pueblo en trenes de mercancías y caminando.

—O sea que convenció a todos de que había sufrido amnesia durante diez años a causa del culatazo, aunque era mentira. Desde luego, tonto no era. ¿Y después, qué pasó?

—Don Pedro, que si ya era el cacique antes de la guerra después ni te cuento, lo tomó como símbolo de las víctimas de la barbarie republicana y le puso como encargado de su ganado con un buen sueldo. A cambio, le obligaba a acompañarle a algunos actos oficiales, presidir las corridas de toros de la feria y dar el aguinaldo por Navidad a los hijos de los pastores y braceros que fueron quienes empezaron a llamarle tío Vicente, como se le conoce en el pueblo. El caso es que todo esto le permitió comprar la casa donde ahora vive mi hermana, casarse y tenernos a nosotros.

—Y con Pilarín, ¿cómo se conocieron? —terció Pepa.

—Mi madre se había quedado sola con su madre tras la muerte de su hermano. Mi abuelo era el herrero y había fallecido de una mala cox que le dio una mula. Entonces le sustituyó mi tío, al que fusilaron por error en la guerra. Como mi abuela se quedó muy tocada con aquello, mi madre empezó a ocuparse de la casa del cura y de la iglesia. Así se ganaba unos cuartillos y podían malvivir

decentemente. Un día, en la misa mayor de la patrona del pueblo, La Virgen de la Cueva, como mi padre era el encargado de dar los donativos en nombre de su patrón y ella de pasar el cepillo se miraron entre sí y empezaron a festejar. Eran como dos almas gemelas y al poco se casaron.

—Está bien, pero hay algo que no me cuadra —añadió Javier—. En el pueblo a nosotros nos han dicho que ya se sabía lo de la guerra.

—Sí. Fue hace dos años. Cuando cumplió sesenta y cinco y se jubiló. Resulta que se enteró que tenía derecho a una pensión extra en España por haber estado en la guerra y otra en Francia. Empezamos a mover los papeles. Yo mismo le ayudé. Y la verdad es que era la envidia del pueblo, ya que en total tenía tres pensiones, no muy grandes pero más que suficientes...

—¿Y tu madre lo sabía antes?

—Pues si queréis que os diga la verdad, no lo sé y ya nunca lo sabremos...

9

«Pescar en seco»

Viernes, 24 de marzo 1984

15.00 h.

Javier y Pepa pensaban que ya se habían librado de Borricas para siempre, pero de nuevo lo tenían en el asiento trasero del coche junto a Andrés. Resulta que en la casa de la hermana no había ninguna caña de pescar y pensaron que quizás él tuviera alguna. Y así fue. Pero Borricas dijo que nunca se la dejaba a nadie y se ofreció a acompañarles. Y allí estaba, dispuesto a pescar lo que le dijeran. Cuando llegaron a la cueva, los cuatro bajaron del coche y se encaminaron hacia la verja sin decir ni mu.

—A ver, Pepa —dijo Javier pausadamente, como tratando de recordar—. Debió de ser cuando yo estaba mirando el interior y me apartaste para hacer una foto. ¿Te acuerdas?

Pepa, que no se acordaba de nada sólo dijo: «Chachi que sí». Javier sacó su libreta de notas y empezó a pasar hojas.

—Aquí —sentenció y empezó a leer: «... comida, ropa, mantas y sobre una mesita unos libros y una carpeta azul con gomas...». ¡La carpeta!

El pulso de Borrucas no daba para «pescar» en seco. Él era pescador de agua dulce y su secreto era el tino que tenía con el lanzamiento del sedal. Intentaba meter el anzuelo en un minúsculo hueco que había entre las gomas y el lomo de la carpeta, pero con el poco ángulo de lanzamiento que le permitía la reja no atinaba ni a la de tres. Al final, Pepa, que demostró tener unos nervios de acero, alimentados por su deseo de que acabara todo aquello e irse a Madrid a su concierto, fue la que capturó la presa.

Pegado en la carpeta por fuera había una especie de panfletillo. Al verlo, Javier, Pepa y Andrés se miraron entre sí. Soltaron las gomas y dentro había un cuaderno. Buscaron con ansiedad las primeras hojas y todo coincidía.

—¡Bingo! —exclamó Pepa. Esto explica por qué el viejo —con perdón, añadió mirando a Andrés— empezó a almacenar tanta comida. Pero de la llave nada de nada...

Borrucas no entendía nada de lo que pasaba, pero no se atrevía a preguntar por respeto. Andrés se había quedado como paralizado, mirando a Javier medio con admiración medio con extrañeza. Pepa aprovechaba para fotografiar el panfletillo y el cuadernillo. Y Javier miraba a un lado y otro desconcertado.

De repente Javier Plaza soltó un: «Ajajá, ahora sí que sí», esta vez en voz alta, y los tres le miraron estupefactos, pero no se atrevieron a decirle nada.

Como si fueran niños que jugaran a «lo que hace la madre hacen los hijos», siguieron a Javier hacia el coche y se fueron de ahí sin preguntar adónde iban.

16.00 h.

El sargento Cerezo ya estaba harto de atender a vecinos que telefoneaban muertos de miedo. Se había corrido el rumor de que tío Vicente andada por ahí con una escopeta y nadie quería salir de casa.

—Está Castro que se sube por las paredes. Ya había informado a sus superiores que tenía acorralado a tío Vicente en el pinar de la ermita y ahora el gobernador ha dicho que va enviar al capitán Casado con más hombres para peinar el término municipal palmo a palmo

Javier le pidió si podían ver el vídeo de los de la tele. Cerezo miró a Andrés, que agachó ligeramente la cabeza en señal de asentimiento, y lo introdujo en la boca del reproductor.

—Espere —dijo Pepa, al ver que el sargento no era precisamente diestro con los aparatos—. ¿Ve? No hay que pulsar al play tan deprisa. A estos chismes hay que darles su tiempo...

Hasta cinco veces visionaron la cinta. Los primeros momentos, los bomberos apagando fuego, los vecinos, la hija de la víctima, el ataque de nervios de la hija, el juez, el furgón y la salida cadáver.

Pepa ya estaba empezando a desesperarse. No hacía otra cosa que mirar el reloj. Eran cerca de las cinco y si no se iban pronto a Madrid, adiós al concierto. Así hasta que al principio del quinto visionado de los primeros momentos de la llegada de los bomberos, a Javier se le iluminó la mente y soltó: «El pozo. Ahí tiene que estar la llave».

El sargento Cerezo miró a Andrés, se llevó un dedo a la cabeza y lo hizo girar dando a entender que a Javier se le había perdido un tornillo. Antes de que dijera nada, Andrés le frenó llevándose el índice derecho a la boca. Y así, sin que nadie dijera nada, los cuatro, Borricas incluido, salieron del cuartelillo, se montaron en el coche y se dirigieron de nuevo a la cueva.

17.00 h.

El pozo estaba justo frente a la cueva quemada, a cinco metros escasos. Medía un metro y medio de diámetro más o menos y sobresalía de la tierra otro tanto. Era de ladrillo rojo y en la base tenía una bomba enchufada a un rudimentario pero bien hecho cuadro eléctrico de madera, que estaba adosado con cemento a la pared exterior. Al lado había un agujero por donde entraba una goma para la toma del agua. Por arriba estaba tapado con un pesado portón de hierro con dos bisagras en un extremo.

Cuando Javier le pidió a Andrés ayuda para levantar el portón, el hijo de tío Vicente comprendió qué hacía allí. En las primeras imágenes grabadas por los de la tele se veía a los bomberos cerrar el portón por indicación de uno de ellos. Eso quería decir que se lo encontraron abierto cuando llegaron y que su padre podía haber arrojado dentro la llave antes de darse a la fuga. Pero desde arriba no se veía nada. Allá abajo estaba todo muy oscuro. Fueron al coche a por una linterna. Alumbraron, pero seguía sin verse nada.

—Está muy hondo —dijo Borricas—. Estos pozos no tienen el agua al final del agujero. Va a parar a una cueva subterránea que esa si está llena de agua. Por eso no está forrado de cemento por dentro y está la bomba para sacar el agua. La goma llega hasta abajo del todo.

—¿Y se puede bajar? —le preguntó Javier.

—Por este pozo no. Pero hay otro pozo que sí, claro. Ahora que si es para buscar una llave ya os podéis olvidar. Que ahí abajo eso cubre unos cuantos metros. Aquí siempre hay agua y bien fresca. Ya puede venir un año de sequía que aquí no falta agua, incluso para regar. Hubo un año... —empezó a relatar, pero todos le clavaron los ojos de tal manera que se sintió intimidado y paró de hablar en seco.

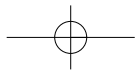
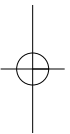
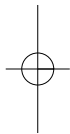
Borricas fue el primero en bajar. El otro pozo estaba a unos doscientos metros pista abajo, junto al puente, por eso era menos hondo. Lo cubría una caseta de obra sin ventanas y con una puerta con un candado de esos de combinación cuyos números conocía todo el pueblo.

—Qué chachi, ni que fuera una caja fuerte —dijo en voz alta Pepa, mientras hacía una foto.

La boca era algo más ancha que la del otro pozo. Por dentro era todo de cemento perfectamente alisado. Una especie de tubo de unos diez metros de profundidad con una escalera a un lado, con peldaños hechos a base de trozos de hierros de armar el hormigón en forma de una «U» muy abierta. Terminaba en una especie de arqueta gigante y cuadrada, a un lado de la cual había un agujero en la tierra. Allí empezaba la gruta subterránea.

El camino era más bien una senda de piedra que subía muy ligeramente, con algunas escaleras excavadas. Conforme se avanzaba, el habitáculo se iba agrandando. No había agua por ninguna parte, pero la humedad se hacía palpable. Tras una veintena de últimos escalones, algunos enmohecidos, que de repente había que empezar a bajar, se llegaba a la bóveda. Por el eco que hacía debía

de ser muy grande. La linterna apenas alcanzaba a llevar luz a ninguna parte. Javier sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Se sentía tal y como había imaginado a Anuska, la costurera real, y a Ángelo, el trovador, dentro del monstruo de las pesadillas que habitaba en el Océano de los Recuerdos Perdidos, el primer capítulo que él escribió de los Cuentos de Oniria que un día empezara a contarle su madre y que decidió continuar cuando otra enfermedad infantil, la varicela, le retuvo varios días en casa sin poder ir al colegio y había soñado por primera vez en su vida con esa estación y ese reloj que todavía le seguía atormentando.



10

Los Cuentos de Oniria II

El Océano de Neur

Anuska, la zarina del Imperio de los Sueños, se había transformado en una costurera y su caballero andante en Ángelo, un trovador. Oniria se había quedado sin zarina y los humanos regresaban apesadumbrados al reino de Despertar después de sufrir las peores pesadillas. Al encontrarse con ellos en el istmo de Som les contaron su temor de que a partir de entonces cada noche cuando volvieran a Oniria estarían condenados a los peores sueños que nadie pudiera soportar.

—¿Y no se puede hacer nada? —preguntaron la costurera y el trovador.

Los humanos ni siquiera sabían qué contestar. Sólo uno de ellos, el más anciano, un hombrecillo de largos cabellos que se confundían con su blanca y puntiaguda barba, que conservaba el equilibrio gracias a un firme cayado de roble, les dijo que en su juventud había sido el hombre de confianza del rey

Insom y que éste en cierta ocasión le comentó que si alguna vez ocurría esto sólo había una solución: confeccionar la sábana de los dulces sueños

Pero para ello había que internarse en el océano viscoso de Neur, el de los Recuerdos Perdidos, y viajar en zigzag hacia el Sur para recolectar los hilos de seda de unas plantas que crecían en una isla lejana y después tejerlos con la aguja mágica que se encontraba en un paraje situado en el confín de los mundos que era conocido como el Paraíso de Ix.

—El Rey dijo —concluyó el anciano— que aquellos que se atrevieran a embarcarse en tal aventura sufrirían calamidades desconocidas. Que muchos lo habían intentado, pero nadie lo había conseguido a pesar de que quien se atreviera contaría como aliados con los cuatro elementos, el viento, el fuego, el agua y la tierra, que saldrían en su ayuda cuando los necesitaran, por una sola vez cada uno.

Anuska y Ángelo subieron a bordo de la canoa de cedro y empezaron a remar rumbo al Norte mientras los humanos les despedían deseándoles suerte y continuaban cabizbajos su camino hacia el reino de Despertar. Quisieron dejar en tierra al mono Fado pero, como si se hubiera tomado muy a pecho lo de ser un simio saltarín, dio un triple salto mortal y cayó sobre la barca haciéndola desestabilizarse.

A punto estuvieron de naufragar nada más zarpar. Y mejor les hubiera ido de saber lo que escondía en sus entrañas aquel viscoso y misterioso océano gris.

Por más que se esforzaban en avanzar, apenas podían moverse en aquel denso fluido en el que flotaban unas extrañas algas blancas de formas estrelladas que parecían electrizadas y se enrollaban en los remos haciéndolos más pesados si cabía. Mientras, la marea empezaba a subir. Primero lentamente, pero después produciendo un oleaje que impedía mantener el rumbo y los alejaba de la costa. El líquido inundaba la canoa y por más que lo achicaban este subía cada vez más. Al mismo tiempo las algas les aprisionaban los pies como si fueran cadenas que les inmovilizaban. No tenían manos para quitárselas, achicar fluidos, sujetar los remos y el timón... cuando de repente se hizo la calma. El aceitoso océano se convirtió en una especie de balsa. Ya se creían salvados de las inclemencias y se disponían a recuperar su rumbo, ayudados por la brújula, cuando observaron cómo las algas desaparecían en un santiamén. Era como si hubieran de algo. Entonces Cascanueces abandonó el hombro de Anuska para levantar el vuelo y Fado empezó a dar saltos sobre la barca profiriendo agudos gritos de histeria.

Anuska y Ángelo desconocían que aquel viscoso fluido escondía un terrible secreto en sus profundidades. Un extraño monstruo vivía en su interior. Era el monstruo de las

Pesadillas, que se alimentaba de los sueños horribles que los hombres intentaban desterrar de sus vidas. Un monstruo que nunca dormía, que por fuera tenía forma de cerebro y por dentro de tripas. Era como si tuviera las tripas en el cerebro. Y en cada uno de sus miles de pliegues intestinales, en cada una de sus millones de neuronas se escondía una pesadilla humana. Era insoportable ser testigo directo de tanto sufrimiento humano.

Ahora el monstruo les acechaba sin ellos saberlo hasta que a lo lejos vieron una enorme boca desdentada que se acercaba sin que pudieran hacer nada. Fado siguió saltando hasta que los tres cayeron de la barca y antes de que quisieran darse cuenta, al igual que Jonás fue engullido por una ballena, ellos se vieron deslizándose por las resbaladizas tripas de aquella bicha cabezona que, harta de alimentarse a base de algas, aquel día se había encontrado inesperadamente con un manjar cuya digestión bien merecía un descanso en el fondo marino.

Después de un buen rato subiendo y bajando por aquel laberinto de toboganes cerebro-intestinales, Anuska, Ángelo y Fado cayeron en una oquedad. Apenas veían nada. Sólo los destellos luminosos de las algas que habían sido engullidas antes que ellos ofrecían una tenue luz de neón intermitente. Aquello parecía una discoteca que impedía fijar la vista en algo concreto.

De repente, un frío paralizante empezó a apoderarse de las delicadas manos de Anuska que dejaron de obedecerla y se pusieron a temblar. El trovador no entendía nada de lo que le ocurría, hasta que ella, con un gesto que le hizo de soslayo con los ojos, le mostró un pliegue donde se encontraba lo que atormentaba su conciencia y paralizaba sus manos.

Era una pesadilla. En ella se veía a Anuska de niña sentada aprendiendo a coser en la casa de sus padres. Sobre una manta en el suelo, su hermano chiquitín observaba cómo ella introducía un cabo del hilo entre sus labios, los cerraba y lo extraía ligeramente húmedo y recto para introducirlo acto seguido en la aguja. Después se oía la voz de la madre:

—Anuska, ¿puedes venir a ayudarme con estas telas?

La pequeña costurera abandonó obedientemente su tarea, sin darse cuenta de que al levantarse cayó el costurero al suelo. Entonces, el niño tomó la aguja con el hilo e intentó imitar a su hermana. Y sucedió algo que la atormentaba desde entonces. El pequeño aproximó tanto a sus labios la aguja que abrió la boca y se la tragó, igual que el monstruo les había tragado a ellos. El chiquitín no podía soportar el dolor y empezó a llorar desesperadamente. Cuando Anuska y su madre llegaron al pequeño le temblaban las manos de tanto llorar, como

ahora le temblaban a ella. No lo podía evitar. Esas manos temblorosas se le aparecían ahora con más realismo que nunca y el temblor se contagiaba a sus manos, que se estaban congelando.

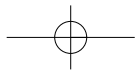
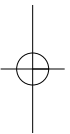
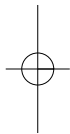
El trovador no sabía qué hacer. Tomó las manos de ella entre las suyas y con el aliento intentó calentarlas, pero no sirvió de nada. Las frotaba y calentaba una y otra vez, pero nada. Así hasta que pensó que la única solución era sacrificar su laúd. Usar la noble madera que le había acompañado a lo largo de su vida para hacer fuego y así poder devolver la movilidad a las manos de su amada Anuska.

Ángelo retiró cuidadosamente las cuerdas del instrumento, las guardó y con las mismas manos que lo acariciaban para extraer la música de su interior, empezó a hacerlo astillas. Tomó entre sus manos la que más larga y redondeada había hecho y puso su extremo contra otra, introduciendo un trozo deshilachado de su camisa. Después empezó a darle vueltas una y otra vez con un arco que construyó con una de las cuerdas. Pero la humedad impedía que apareciera la llama. Tras caer exhausto, Fado le sustituyó, pero el chimpancé también cayó preso del cansancio. A punto estaban de desistir, cuando Ángelo recordó al anciano del cayado de roble y sin que ellos llegaran a hacer nada un hilillo de humo empezó a brotar de la madera y más tarde una tenue llama, que

alimentó armoniosamente con su aliento como si le estuviera cantando una de sus trovas.

El fuego no cesó hasta que las manos de Anuska recobraron su movilidad. Entonces la costurera las acercó más obedientes que nunca hacia a Ángelo y con los mismos índice y pulgar que usaba para las puntadas tomó una lágrima que caía de uno de los ojos del trovador en recuerdo de su laúd. Después sacó su cajita de dedales y la metió dentro de uno de nácar.

Pero el fuego, el elemento fuego, que se había aliado con ellos, no sólo hizo revivir las manos de Anuska. El monstruo de las pesadillas vivía del frío y el calor le adormeció haciéndole subir a la superficie del océano de Neur. La costurera y el trovador consiguieron salir de sus tripas y junto a la boca se encontraron a Cascanueces posado al borde de la barca y más allá la playa de finas y doradas arenas de una isla paradisíaca donde vivirían una nueva aventura de su viaje en búsqueda de la isla donde se encontraba la aguja mágica que necesitaban para tejer la sábana de los dulces sueños y salvar de su maldición a los habitantes del reino de Despertar.



11

En las profundidades del pozo

Viernes, 24 de marzo 1984

17.30 h.

—¿Queeé ha si-si- sido eso? —dijo temblorosamente Borricas, como si temiera la aparición de un fantasma. De repente, el interior del pozo de la cueva del tío Vicente se había iluminado un instante, lo que unido a las palabras tartamudeantes de Borricas hizo que Javier volviera a la realidad.

Pepa lo llevaba pensando desde hacía rato y al final se había decidido a disparar el flash de su cámara. Javier le pidió que lo repitiera y así, sin verse sorprendidos por el fogonazo, pudieron apreciar la magnitud de la gruta. Tendría una altura de unos veinte metros y una base de cien de diámetro, aunque con forma de elipse. Abajo era una balsa de agua.

—Veis, ya os lo dije. Encontrar aquí una llave es imposible —siguió Borricas, que aún no se había recuperado del susto.

—A ver, dispara el flash sobre el agua —le pidió Javier a Pepa.

Ella lo hizo obedientemente, advirtiéndole que la carga de la batería sólo daba para cinco fogonazos más.

—¿No habéis visto algo allá? —les preguntó Plaza a los otros tres apuntando con la linterna.

—¿Dónde? —preguntaron al unísono.

—Allá, dispara otra vez.

—¿?

—¿Lo veis? Es como un bulto.

—Sí que hay algo sí... —dijo Pepa cambiando el objetivo de la cámara a uno de más largo alcance y repitiendo el fogonazo mientras miraba el visor.

—¿Qué es? ¿Has visto algo?

—No sé, pero si hay algo está aquí dentro —dijo señalando a la cámara.

Pepa volvió a repetir un fogonazo y todos vieron ese algo, pero no podían distinguir de lo que se trataba. Un escalofrío les recorrió todo el cuerpo. No sabían qué hacer cuando de repente un punto de luz que se movía surgió desde arriba, como si alguien hubiera encendido una minúscula bombilla en el techo que se balanceaba por el viento. Pero ahí dentro no se movía el viento.

—Esstaaamooos aaamos aaaquiiiiquii...

La palabras de Javier se confundieron entre sí con su propio eco, que reverberaba en la cueva como un murciélago atrapado en busca de una salida.

—Sale del pozo de tío Vicente. Alguien debe de estar mirando desde arriba con una linterna —dijo Borricas.

Al salir al exterior se tropezaron con el teniente Castro, acompañado por el sargento Cerezo. Parecían estar muy enojados.

—Andrés, no te dije que esperaras en casa. Parece mentira que seas del cuerpo y no confíes en nosotros. Tendré que incluirlo en los informes...

El hijo de tío Vicente ya estaba harto de la situación incómoda que vivía con su superior y le contestó con arte marcial:

—Mi teniente, usted incluirá en los informes lo que desee, pero si estamos aquí es porque hemos descubierto la causa por la que mi padre almacenaba tanta comida y ahí abajo hay algo que no sabemos qué es.

—¿Cómo? ¡Qué ha ocurrido aquí sin mi consentimiento! ¡No habréis tocado algo! Mira Andrés que te empuro. Y a ti Javier, de esto se va a enterar el Charly.

Javier sacó del coche la carpetita azul que habían «pescado» en la cueva quemada y se la entregó a Castro.

—¿Qué es esto? —replicó con malos humos.

—Eso, eso. ¿Qué es eso? —añadió impacientemente Borricas, que aún desconocía el significado del panfletillo que tenía pegado y el cuadernillo que había dentro, pero no se había atrevido a preguntar.

—Verá, Castro —le aclaró Plaza—. Esto es un inventario de todas las mercancías que almacenaba el asesino, con las fechas de adquisición y un número que corresponde a las cantidades de cada una de ellas. Como verá, la última es del día anterior al del crimen. Y estas que tienen una raya roja debajo y el número tachado y puesto otro

inferior coinciden, casualmente, con mercancías iguales a las que Pilarín tenía debajo de la cama. O sea que tío Vicente había detectado que alguien le robaba y cuando descubrió que era Pilarín, la persona que más quería en el mundo, la debió asesinar en un arrebato.

—¿Y esto? —preguntó Castro en referencia al panfleto.

—Si nos vamos a la primera hoja del inventario, observamos que la primera anotación es del 13 de julio de 1979, justo tres días después de la que aparece en el panfleto.

El panfleto era una cuartilla encabezada por un triángulo rojo igual que el grabado en la ermita, debajo del cual aparecía con letras góticas el membrete «Congregación de los Jinetes de Noé», debajo, los mismos signos que había grabados en la piedra y entre paréntesis la fecha 21/06/79. Más abajo todavía la leyenda:

«Miembros de la orden de los Jinetes de Noé, el fin del mundo está hoy más cerca que nunca. El accidente de la central nuclear de Harrisbug hace dos meses es el primer aviso. Pronto habrá otros cataclismos en cadena que asolarán el planeta de norte a sur y de este a oeste. Una noche oscura y de terrible tempestad se apoderará del planeta, dejando un rastro de muerte y destrucción que se prolongará durante más de un año. Apenas habrá supervivientes. La contaminación primero y el hambre después eliminarán cualquier vestigio de vida humana sobre la faz de la Tierra. Sólo un puñado de elegidos por el Jinete Supremo de nuestra congregación se librá de una muerte segura en el refugio que estamos construyendo en un lugar secreto. Tú puedes ser uno de ellos».

—No serán los que acamparon un verano hace unos cinco años donde la ermita —irrumpió Borricas. Era gente muy rara. Familias con niños pequeños que vinieron en autocaravanas. Parecían hippies, pero muy limpios. Recuerdo que llegaron un viernes por la tarde y se fueron un domingo. Al pueblo ni bajaron y cuando se fueron lo dejaron todo como estaba. Ni un papel tirado.

—¿Los Jinetes de Noé? Mira por dónde salen —dijo en voz alta el sargento Cerezo—. Detuvimos a uno de los cabecillas. Eran dos, pero el verdadero cerebro se esfumó. Unos tipejos que se inventaron aquello para comerles el coco a unos cuantos ingenuos y sacarles la pasta. Los elegidos, que eran todos, pero que entre sí no lo sabían, tenían que hipotecar todas sus propiedades, ya que como el mundo se iba a acabar qué más daba. A cambio les prometían una plaza en el supuesto refugio atómico. De no ser por un empleado de un banco que se mosqueó porque su hermana y su cuñado cayeron en manos de la secta no se descubre el pastel.

—Sí, Castro, sí —le dijo Andrés tratando de apaciguarle—. Mi padre debió de leer esto y como había pasado tanta hambre en la guerra se lo creyó. El inventario deja bien claro que empezó a almacenar los víveres a raíz de entonces. Ahora lo que tenemos que hacer es bajar a la gruta con una linterna más potente y ver qué es lo que hay ahí abajo.

—Está bien, pero trae, que esto son pruebas. ¡Cerezo!, esta carpeta queda bajo su custodia. Y espero que usted no me falle.

En esta ocasión las linternas eran potentes de verdad. Convencido por los aplastantes avances de Javier Plaza, Castro había abandonado su habitual tono autoritario y puso a disposición del reportero los medios utilizados en los controles nocturnos..

—¿Por dónde? —preguntó el teniente.

—Espere —dijo Javier y añadió—: Pepa...

A regañadientes, Pepa disparó su penúltimo fogonazo del flash.

—¿Ha visto? Por allá. Déjeme —el reportero le cogió la linterna a Castro.

Como si le guiara el inconsciente, llevó la luz de la linterna a sus pies y con el haz siguió iluminando el suelo delante de él sigilosamente y en línea recta. Llegó al agua, continuó y a unos treinta metros tropezó con un bulto que flotaba. En un santiamén Cerezo apuntó con su linterna al mismo punto. Estaba claro que era un cuerpo flotando y que tenía que ser tío Vicente. Estaba boca abajo y aunque hubiera estado hacia arriba desde donde estaban no se le podría distinguir.

—O sea, que se tiró al pozo después de quemar la cueva —dijo Castro. ¿Y cómo es que no se miró en el pozo? Esto es cosa de Manolón. ¿Cómo es que Manolón no miró en el pozo? A ese sí que le va a caer un paquete.

Andrés tuvo que explicarle a Castro que cuando se descubrió el cadáver de su madre los bomberos ya estaban allí y habían cerrado la tapa del pozo. Y, claro, si su padre se había tirado al pozo, no podía estar cerrada. Por eso no se miró dentro.

Borricas sí demostró ahora sus grandes cualidades como pescador de agua dulce. Una hora después del hallazgo del cuerpo en la cueva ya se había introducido un equipo electrógeno. Como sólo disponía de lámparas potentes un vecino que se dedicaba a la construcción, pero daba la casualidad de que no estaba, se decidió usar las ristas de bombillas blancas de las fiestas elevándolas con palos. Aquello parecía una verbena sin demasiada luz, pero algo se veía. A la tercera lanzada, Borricas logró alojar el anzuelo por dentro del forro de la chaqueta que llevaba el cadáver. Recogió el sedal lentamente y en menos que canta un gallo el cuerpo ya estaba a sus pies.

Pepa apretó el disparador de su nikon, saltó el último fogonazo del flash e hizo la primera foto de un cadáver en su vida. Se sintió como si estuviera haciendo algo mal y le vino el recuerdo de su padre muerto. Entonces se le escapó una lágrima que nadie vio. Después sacó la película, introdujo otra y la forzó al máximo. Usaba TRI-X de 400 asa y dispuso la máquina como si fuera de 3.200 asa. Sin flash y con aquella poca luz no le quedaba más remedio. Se secó la lágrima y disparó una y otra vez, mientras ponían el cuerpo en tierra firme. Andrés miró el cadáver hinchado de su padre y por unos segundos tampoco él pudo reprimir que sus ojos se inflamaran de rojo.

—Lo que no veo por ninguna parte es la llave —dijo una Pepa cada vez más nerviosa y con ganas de salir corriendo. Por una parte quería irse de ahí lo antes posible para poder llegar al concierto a tiempo. Ya eran casi las seis y tenían al menos cinco horas de carretera por delante.

Pero, por otra parte, aquellas fotos eran geniales. Era su estreno como fotera de verdad y tenía que esperar hasta que se llevaran el cadáver.

Instintivamente, Andrés se puso a registrar el cuerpo de su padre. Sólo había encontrado un pañuelo y unas cuantas monedas cuando, al mirar en el último bolsillo que le quedaba de la chaqueta, ese bolsillo interior que está pegado al corazón donde se suele meter la cartera, tocó algo que le resultó extraño. Lo sacó y todos quedaron boquiabiertos.

—El dedo —dijo Castro.

Sí. Era el dedo de Pilarín. Aquel que no aparecía por ninguna parte. El dedo anular, que aún conservaba la alianza. Después del arrebato criminal a tío Vicente le debió dar un vuelco al corazón y se dio cuenta de que había terminado con la vida de la persona a la que más quería en el mundo. De su Pilarín. La mujer que a la vuelta de la guerra calmó su hambre de afecto. Por eso cogió el dedo en el que él mismo introdujo la alianza el día de su boda y que siempre permaneció en el mismo sitio. Lo que no sabían es si después de matar a su mujer hizo caso a su corazón y quemó la cueva y se arrojó al pozo en señal de arrepentimiento o si seguía poseído por los demonios del hambre que había pasado años atrás y no quería que nadie se hiciera con el botín de comida que día a día había ido atesorando.

Probablemente, la llave daría la respuesta. Pero esa llave no aparecía por ninguna parte. Algo que ya a nadie le importaba.

18.00 h.

Javier Plaza pisó el freno en seco. Habían emprendido el regreso a Madrid y atrás, a no más de veinte metros, acababan de dejar a la comisión judicial haciendo su trabajo. Pero alguien se cruzó en su camino. Era el gato Retales que, ante el frenazo, se agazapó frente a ellos, les miró e instintivamente, dio un salto y se encaramó sobre el capó del Nissan Patrol de la Guardia Civil que acababa de estacionar un agente. El animal estiró el cuerpo y erizó sus pelos en el mismo centro de la chapa y después, candorosa y delicadamente, se acurrucó como una caracola, les miró y como despidiéndoles cerró los ojos. Hasta entonces Javier no pisó el acelerador.

—Vaya rebote que se ha cogido el juez cuando nos ha visto salir de la cueva. Por cierto, ¿qué le has dicho a Castro para que nos dejara marchar? —dijo Pepa.

El teniente Castro no quería que se fueran sin que Javier prestara declaración y Pepa le facilitara una copia de las fotografías que había hecho. Pero en ese caso tendrían que haberse quedado unas cuantas horas más y Pepa no hubiera llegado al concierto. Y aún así, iban con el tiempo justo.

—¿Tú qué crees? —contestó Javier.

—Qué sé yo, como te lo has llevado a un aparte.

—No le he dicho nada importante, qué más da, lo bueno es que dentro de unas horas estaremos en Madrid y tú fotografiando a Asfalto.

—Sí, pero no me va a dar tiempo a ir a casa a cambiarme de ropa y me llamarán...

—¿Pija?

—No te pases... ¿quieres venir al concierto? Te lo pasarás chachi.

—Qué va. Estoy que no me tengo. En cuanto llegue me meto en la piltra —le dijo Javier mientras se metía un paracetamol en la boca.

Una cosa es que hubiera contado a Pepa lo de sus «poderes» en el transcurso del aburrido viaje de ida y otra muy distinta a la Guardia Civil y al juez en una declaración oficial. Le podían tomar por loco. Además, convencer a Castro no le había sido nada difícil. Fue en el mismo interior de la cueva. Javier cogió del brazo al teniente, lo alejó unos metros, sacó su libreta y apuntó mientras decía: «Todas las circunstancias del crimen fueron esclarecidas por la unidad de la Guardia Civil al mando del teniente José Castro, conocido como El Lince por sus subordinados....».

—¿No era ese el trato? —preguntó Javier.

—Hombre, pues ahora que lo pienso, es verdad. Pero eso de El Lince quítalo. Que me conozco yo muy bien al Cuerpo y te empiezan llamando *El Lince de la Sierra* y acaban llamándote... *El Gatito del Barracón*. Eso sí, las fotos me las envías desde Madrid.

—Naturalmente, a cambio de un favor.

—Pide lo que quieras.

—Que te encargues del juez. Ya debe de estar ahí afuera y cuando nos vea es capaz de entelegarnos.

—No hay problema. Ese come en mi mano. Y por el Charly no te preocupes, al fin y al cabo le van más los maderos que nosotros. Espero que tú no seas igual.

Después se miraron, estrujaron sus manos y ya no fue necesario que se dijeran nada más.

Pepa cogió la libreta de Javier del salpicadero y la sustituyó por sus botazas. La abrió por la hoja donde estaba el dibujo del caballo esquelético que se metía dentro de un círculo inscrito en un rectángulo y le preguntó a Javier: —¿Me quieres explicar al menos qué tiene que ver esta especie de jeroglífico con el crimen?

Javier dudó. Pensó que quizás no le tenía que haber contado nada sobre sus sueños. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Quizás para impresionarla. Pero impresionarla, ¿por qué? Además, para él lo de sus «poderes» nunca había sido para tanto. De cualquier forma, si la había convertido en cómplice de su secreto ya no había vuelta atrás. Sólo confiar en que no lo divulgara, como le había prometido cuando se lo contó.

—Un jeroglífico muy personal. ¿De verdad que lo quieres saber? Recuerda que me prometiste que de todo esto no vas a hablar con nadie. Que son cosas mías...

—Chachi, te lo prometo otra vez, pero venga desembucha.

—Lo del caballo esquelético viene porque de niño oía una canción de Luis Sagi Vela titulada Jinetes en el Cielo. Hablaba de un vaquero al que perseguía su conciencia y estaba condenado a arriar mil vacas, perseguido por los

Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Uno de ellos era el hambre y yo siempre me lo imaginaba subido en un caballo esquelético como ese. Bueno, como ese pero bien dibujado.

—¿Y la sábana y el capirote?

—No es una sábana, es una túnica. Nunca has visto esa imagen en la tele de los del Ku Klus Klan a caballo quemando cruces. Pues se ve que para mí ese es el significado de lo que es una secta destructiva...

—Ya, como la de los Jinetes esos de Noé. No me digas más. Y el círculo negro donde se mete es el pozo y el recuadro la tele que lo grabó cuando los bomberos lo taparon. A que sí...

—Chachi que sí —le contestó burlonamente Javier.

—Oye no te rías de mí. Por cierto, ¿nunca has soñado con los resultados de la quiniela o la lotería o cosas de esas más... prácticas?

—Pues sí. Ya te dije al venir que de pequeño jugaba al hockey sobre hielo en mi pueblo y una vez soñé con el resultado del partido y acerté

—¿Y ganasteis o perdisteis?

—Perdimos.

—Eso no vale. Ahora sólo falta que me digas que jugabas de portero.

—¿Como lo has adivinado?

—Poderes, que también tiene una. ¿O qué te crees?, ¿qué vas a ser tú sólo? Anda písale...

12

La llave perdida

Lunes, 27 de marzo 1984

11.00 h.

Javier Plaza agarra el folio en el que acaba de escribir un primer párrafo y lo arranca del carro de la Olivetti. Lo convierte en una pelota de papel y lo arroja a la papelera. Es el quinto o sexto que tira. Está enojado, le han dejado el reportaje en dos páginas y no sabe cómo empezar. Se enfrenta al temido folio en blanco. En ese momento llega Pepa más mega punky que nunca y algo ojerosa.

—¿Qué tal el finde?

—Uff. Mejor ni me lo mientes. El concierto se suspendió por una pelea entre unos macarras de San Blas y otros de Quintana y encima ayer... Ayer bronca con mi madre en la comida. Ya le he dicho que

pienso buscarme una buhardilla para irme a vivir. Es que no los soporto más. ¿Qué horas son esas de llegar a casa? ¿Que cómo llevas esas pintas?... Me dan asco. Aún me duele la barriga.

—Será que ya no estás acostumbrada a la comida de mami.

—Qué va, si ahora cocina el saturrón ese, que la tiene sorbido el coco. Ese sí. Ese sí que es un Jinete de Noé. Bueno, más que de Noé, de Lucifer.

—Será por eso por lo que te duele la barriga. Algún día me tienes que contar la historia de ese pájaro espino.

—¿Pájaro? Pajarraco. Mejor no hablar de él... Y tú, ¿qué tal?

—Parecido. En el hockey, con Anabel.

—¿Anabel?

—Sí, la amiga del pueblo que te conté que estudió conmigo en Barcelona.

—¿Anabel? A mí nunca me has hablado de esa... A-na-bel.

Javier titubeó. Le había contado tantas cosas a Pepa de su vida que ya la trataba como si se la supiera entera. Daba por supuesto haberle hablado de Anabel que, en realidad, había sido algo más que una compañera de estudios. Tenían casi la misma edad, él un año más, y los padres eran amigos desde mucho antes de que ellos nacieran. Se conocían desde siempre y en la adolescencia fueron novietes. Algo que se acabó cuando Javiero, como le llamaban entonces, se enamoró perdidamente de una alemana que formaba parte de un grupo de danza folclórico

que participaba en el festival de los Pirineos. Anabel hizo como si no le importara, lo que alivió a Javier, que no recibió contestación de sus cartas y al final desistió de un amor que se diluyó con la misma rapidez que había llegado. Pero en verdad, Anabel siempre estuvo enamorada de él y por eso eligió una carrera que no hubiera en Zaragoza para tener que estudiar en Barcelona. Cuando Javier decidió irse a Madrid la muchacha perdió toda esperanza y empezó a salir con un jugador del club de hockey sobre hielo de Jaca. Por eso habían coincidido el día anterior en el partido que enfrentaba a los jacetanos contra los veteranos del Club de Hielo de Madrid en la pista de la capital.

El partido iba dos a uno a favor de los locales y ya estaba a punto de terminar el tercer y último tiempo. Desde un extremo de la pista el Gamba, ariete de los jacetanos se hizo con la pastilla y manejando con habilidad el stick dribló a un contrario, a otro y así hasta que en un extremo lanzó el metal a tal velocidad que el portero ni la vio, aunque la fortuna quiso que no alcanzara el marco de la portería y se estrellara contra la valla del fondo.

—Gamba, maricón. Ya se ve como lo metes todo...

El hockey no es precisamente un deporte para finos. Los jugadores van protegidos hasta arriba y los empujones y las cargas al contrario con el cuerpo a toda velocidad están permitidas por el reglamento. Quizás por eso Javier tuvo que abandonarlo. A su madre le gustaba el patinaje artístico y cuando inauguraron la pista de hielo de Jaca le

compró unos patines. Pero a él le iba más el hockey. No pasó del equipo juvenil. Aquello era demasiado bestia para él. Lo último que probó fue de portero, pero resultó peor el remedio que la enfermedad.

Cuando el Gamba oyó el insulto del espectador del equipo local se quitó el casco, lo tiró al hielo, arrojó también el stick y se lanzó a toda velocidad con el odio dibujado en su cara hacia el lateral de la pista donde se hallaba aquel. Ya había saltado la valla cuando sus compañeros le agarraron como pudieron y entre cuatro consiguieron inmovilizarlo. Sabían que cuando se le pasara el arrebató se daría cuenta de que era una estrategia del equipo local para lograr su expulsión. La liga estaba al rojo vivo y todo valía con tal de conseguir puntos. Cuando se calmó le lanzó tal mirada al espectador, haciendo de paso el gesto de romperle el cuello como a una gallina, que este ya no se volvió a levantar de su sitio.

—Ya veo que el Gamba sigue igual que siempre...
—comentó Javier a Anabel.

—Y que no cambie, porque ese día se acaba el equipo.

—La verdad es que yo nunca le he tenido mucho cariño que digamos. Por él tuve que dejar el equipo. Cuando estaba de portero me tenía frito. Utiliza una táctica que no comparto.

—¿Cuál?

—No ves que de vez en cuando se pasea por delante o por detrás del portero. Pues de paseo nada. Lo que hace es insultarle, amenazarle o lo que sea con tal de ponerle

nervioso. Es un hijo de puta, a mí eso no me va. Un día en Vitoria le agarraron unos cuantos y le dieron una paliza de espanto, pero eso en lugar de amedrentarle le volvió más irascible aún.

—No me gusta que hables así de él.

—¿Y eso? ¿A qué se debe? No te gustarán ahora los caballos percherones.

—No es ningún caballo percherón. Si sigues así me voy. Además, ya es hora de que sepas que estamos saliendo...

—Pero, Anabel ¿no será verdad? Cuando me dijiste que salías con uno del equipo nunca pensé que podría ser el Gamba. Pero si es una mala bestia. Y tú...

—¡Que no hables así de Jorge! Que se llama Jorge y ya está bien de llamarle Gamba. ¿Qué eso de Gamba? —dijo Anabel con más pose que energía, al tiempo que se levantaba de su asiento en la grada.

—Vale, vale, siéntate —Javier la cogió por un instante de la mano—. Es que, la verdad, nunca me lo hubiera imaginado. Jorge, el Gamba, y tú. Si sois como la noche y el día. Vais a parecer la bella y la...ya sabes la...

—Como lo digas me voy de veras y te dejo sin darte lo que me ha dado tu madre para ti.

—Vale, vale. ¿Qué te ha dado mi madre? Una ristra de longanizas y un frasco de melocotón con vino. ¿A que sí?

—No lo sé —dijo Anabel estirando el cuello, haciéndose la digna—. Como comprenderás, no lo he abierto. Luego te lo doy.

—¿Qué te contó?

—¿Quién?

—Mi madre, ¿quién va a ser?

—¡Venga, Jorge! ¡Sigue Jorge! —empezó a gritar Anabel tímidamente mientras se ponía de pie tras ver que el Gamba se había hecho de nuevo con la pastilla metálica.

Javier la miró de arriba abajo y por primera vez dejó de verla como una niña, como su compañera de inocentes juegos infantiles. Se dio cuenta de lo que era desde hacía ya mucho tiempo, una mujer joven, ardiente y deseosa de sentir los brazos de un hombre enroscándose en su cuerpo. Mientras Jorge el Gamba se acercaba imbatible a la portería de los madrileños, el otrora noviete de la chica movió ligeramente la cabeza de lado a lado y pensó que aquella historia entre «su» Anabel y el jugador tenía menos futuro que un bollo en la puerta de una escuela.

—Ves —añadió al término de la jugada—. Mucho músculo, pero poca cabeza. Al final siempre la caga. No ha cambiado. Nunca entenderá que esto es un deporte de equipo y él es un defensa, muy bueno, pero defensa. Su ambición por hacer tantos le pierde a él y al equipo.

—Mira quién va a hablar. El mismísimo lobo estepario —le contestó burlona Anabel—. ¿Aún sigues creyéndote aquel alemán amargado que se debatía entre cortarse el cuello o ir a un baile de disfraces?

Javier sintió algo parecido a una puñalada que le atravesaba el corazón. Aquella alemana con la que por primera vez, a los dieciséis años, se sintió hombre y le sirvió para

darse cuenta de que aún le quedaba un buen trecho, fue quien le introdujo en la lectura de Herman Hesse. Primero Demian, después Siddhartha y finalmente El Lobo Estepario, con su teatro titulado: «Sólo para locos» y a precio único: la razón. ¿Habría atravesado él aquel umbral y llevaría razón Anabel, la persona que más le conocía, y se había convertido en un ser solitario e insoportablemente intolerante? No quería seguir el camino de sus pensamientos para no recordar frustraciones pretéritas. Pero no podía. Algo le empujaba hacia los toboganes del infierno. El pitido del árbitro poniendo fin al partido le salvó. Mientras esperaban a los jugadores en el autobús, Javier confirmó los presentes de su madre y leyó la breve pero muy cariñosa carta que le había escrito:

Querido Javier:

No te puedes imaginar cuánto te echamos todos de menos. Es como si nos faltara algo y papá está cada día más raro. No te lo puedes imaginar. Hasta tu hermano quiere que vuelvas. Se pasa todo el día con él en el taller y dice que no sabe qué le pasa, pero que se enfada con cualquier cosa. Para colmo a Rafael (el cajista) le tienen que operar de la vista y está de baja. La única que no dice nada es Cristina, que está saliendo con el hijo del botero.

Al chico le han dado el puesto de secretario en el ayuntamiento de Fago y tal como los veo cualquier día se ponen de novios. No te olvides llamarla

el día de su cumple que, por cierto, podías venir ya que este año coincide con el miércoles de Semana Santa y supongo que tendrás vacaciones. También podrías venir a la fiesta de mayo que, te recuerdo, no te la perdías ni cuando estabas en Barcelona.

Aquí todos te queremos. Anabel no para de preguntarme por ti y para mí que ese novio que se ha echado es para que quitarse moscones de encima. Mira que ya era guapa, pero es que se está poniendo...

En fin, que a ver si se te van esos pajaricos que se te han metido en la cabeza, que si no, no sé qué va a pasar en esta casa. Que ya te digo a tu padre no sé qué le pasa. Apenas nos habla y por las noches tiene que tomar pastillas para dormir. Él, que siempre ha sido enemigo de esas cosas.

Te dejo, pero recuerda que en primavera siempre te constipas. Y ahí con esos humos. Si te encuentras mal vente. Muchos besos de tu madre que te quiere mucho.

Orosia

—¿Qué te dice?

—Mi padre, que no saben qué le pasa...

—Hombre, saberlo lo sabemos todos. Que desde que te fuiste no es el mismo. ¿Te dice tu madre que ha prohibido mencionar tu nombre en su presencia? La verdad es que nadie entiende por qué te has venido a vivir aquí. Allá tu padre dejaría que poco a poco fueras tomando las riendas del periódico y pronto serías una de las fuerzas vivas del pueblo. Y Jaca ya no es lo que era. Hasta se va a celebrar una Universiada. ¿Lo sabías?

—¿El qué?

Javier seguía absorto con las palabras de su madre. Le había dejado como un náufrago en el mar de las dudas.

—¿Ves? Nunca haces caso a nadie. No me has escuchado nada de lo que te he dicho —le recriminó Anabel, que al ver venir a Jorge el Gamba le extendió la mano. Recién duchado y sin un stick en las manos, parecía Jorge. Hasta que hablaba y metía la gamba:

—Hombre, el gran reportero de investigación. No se te ve muy alegre. No será porque hayamos perdido, porque tú siempre fuiste un gafe para el equipo y estás acostumbrado a perder.

Javier le miró con ganas de darle un puñetazo. Pero ya lo había hecho una vez y había salido trasquilado. Reprimió su impulso y le retiró la mirada, besó en la mejilla a Anabel, guardó la carta de su madre en el bolsillo de su gabardina, se puso debajo del brazo la caja con la ristra de longanizas y el melocotón con vino y se alejó saludando a otros jugadores con los que sí había

pasado momentos inolvidables y que le recordaban con cariño.

—¿Por qué te has quedado tan callado? —le interrumpió Pepa, la Chachi sus recuerdos—. No, si ya me imaginaba que esa Anabel era mucha Anabel.

—No, que va. Es por mi padre, que no sé qué le pasa, que está irritado con todo el mundo desde que me vine a Madrid. Que es más cabezón...

—No hables así de tu padre. Tú al menos aún lo tienes...

Para Pepa el recuerdo de su padre era lo único que calaba el caparazón negro del que se había revestido. Lo que a Javier no le había contado es que la bronca del día anterior con su madre no había sido una bronca habitual.

Había llegado bastante tarde a casa y se había levantado a la hora de comer. Al terminar, sin apenas dirigirse cuatro palabras, la mujer le descubrió un pequeño tatuaje que se había hecho la noche anterior en la espalda, en el centro de la riñonera. Cuando le preguntó, ella no le dio importancia. Ya llevaba tiempo queriendo hacerse un tatuaje, contestó.

—Me gustó esta media luna con forma de ojo y me decidí. ¿A que es chachi?

Aquella palabra fue un resorte para la madre que, histérica, le recordó que le había prohibido pronunciarla. Se levantó, miró de cerca el tatuaje y le soltó un bofetón. Pepa llevaba mucho tiempo sin recibir un bofetón de su madre,

que era de las que educaban con aquel método tan «católico», como decía ella, de repartir hostias. De niña, en más de una ocasión faltó a clase porque a su madre se le había ido la mano y le había dejado alguna marca en la cara. Y no porque a las monjas donde estudiaba les importara mucho, que también educaban a base de castigos. Aquello era lo único que recriminaba a su padre. Que lo consintiera. Pero el hombre también era víctima de los ataques de ira de la mujer, que se hacían más frecuentes conforme se hacía mayor y se imponía peores penitencias.

El caso es que en esta ocasión, Pepa no aguantó más y contestó a su madre con el mismo lenguaje. Le dio tal bofetón que la mujer cayó al suelo. Era como si con ese gesto se hubiera vengado por todos los malos tratos sufridos. Pero la cosa no quedó ahí. Su padrastro se acercó y agarrándola de una muñeca a punto estuvo de propinarle un puñetazo, pero en el último momento se detuvo.

—Venga atízame —le retó Pepa—. No te cortes, si tú también eres de esos que primero pecan y después se creen que con confesarse ya basta. Venga, pega...

—Déjala, deja a esa mala hija —dijo la madre mientras se levantaba.

Pepa la miró, se zafó de la mano que aprisionaba su muñeca y se fue a su habitación. Apenas un minuto después salió con una mochila y se despidió de un portazo diciendo que volvería a recoger sus cosas. La noche la pasó en una casa okupa de la calle Amparo en el barrio de Lavapies, cerca de la buhardilla de Javier. Había pensado llamarle para que le hiciera un hueco, pero no se decidió

y al final llamó a su amiga Juana, la Mole, que le recomendó la casa okupa...

—Bueno, venga, dejemos a los padres en paz que ya somos mayorcitos, por favor —dijo Javier. Y vamos a ponernos las pilas que al final ha confesado el asesino de la mujer del aceitero y nos dejan el reportaje sólo en dos páginas. Ponte a hacer las fotos de Castro, que ese es capaz de enviarnos a Borricas a buscarlas.

—Oye, ya te dije una vez que tú a mi no me das órdenes. ¿El asesino de la mujer del aceitero? Joé con el Charly, así está dándole a la tecla que no para. Y... ¿quién era? La multinacional ¿a que sí?

—No, si ahora resulta que a ti también te va más esa historia que la nuestra. Pues no, ni la multinacional, ni el crimen tenía que ver con nada esotérico. Como siempre, lo más sencillo. Un tal Mayayo, un vecino trastornado que debía de estar enamorado de ella y al rechazarlo la mató. Yo qué sé. Bastante tengo con lo mío, que no sé ni por dónde empezar. Si al menos supiera dónde está la llave...

Javier colocó un nuevo folio en la máquina de escribir y se disponía a pulsar sin demasiada confianza la primera tecla, cuando sonó el teléfono de su mesa.

—Sí, hombre Cerezo... ¿Cómo, que ya ha aparecido? ¿Dónde estaba?

Pepa miró con curiosidad a Javier que, después de cinco minutos casi sin articular palabra alguna, a excepción de una ristra de monosílabos, colgó el teléfono en medio de un ataque de risa

—¿Qué pasa? La llave, ¿a que sí?

—No. Sí. No es eso, verás. ¿La llave? No te lo vas a creer...

—Venga, larga de una vez...

—Resulta que al hacer la autopsia han descubierto que tío Vicente se la había tragado antes de arrojarse al pozo.

—Sí, sí. Que la tenía en el estómago. Al parecer, quería que todo se fuera al infierno con él.

—¿Y eso te hace tanta gracia?

—No, que va. Es que el teniente me pide por favor que si podemos publicar la noticia de la desaparición de... ¿A qué no sabes de quién?

—¿De quién?

—De las hermanas Borricas.

—Venga ya...

—Que sí, que sí, que va en serio. Ayer domingo cumplieron dieciocho años como nos dijo su padre y al descubrir el regalo que les había hecho, por la tarde dejaron una nota en casa diciendo que se iban del pueblo para siempre. Pero lo peor no es eso. Resulta que Borricas se ha encerrado en su cueva y dice que no piensa salir hasta que vuelvan sus hijas y le pidan perdón.

—Pues va listo. ¿Y se ha tragado la llave?

—Hummm. Para saber eso tendrás que esperar a leer mi crónica...

—¿Ah, sí? Pues las fotos de Castro las elijo yo, que para eso soy la fotógrafa.

Pepa torció el gesto, se dio media vuelta y se dirigió al laboratorio de fotografía meneando su trasero de

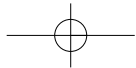
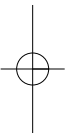
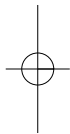
cuero con desenvoltura. Lo tenía tirando a gordito, espigado y lo movía con gracia. Desde las presillas delanteras y cruzadas por detrás sendas cadenas iban a parar a cada bolsillo trasero: en el izquierdo se apreciaba un palote hecho a base de remaches y en el derecho un aspa. Pero Javier no veía un palote y un aspa, para él aquello era «Ix» y, al ver la luna con forma de ojo de mujer y mirada de abanico tatuada en el centro de la espalda de Pepa, se le vinieron a la cabeza los cuentos mágicos de Oniria y la búsqueda de la aguja mágica.

Recordó con agridulce regusto que, después del Océano de Neur, donde naufragan los Recuerdos Perdidos, los imaginarios protagonistas que ideara su madre un lejano día para calmarle en una noche de fiebre e insomnio habían cruzado las Tierras Vírgenes de Orgasmia y las verdes praderas de Alucinaria, en su camino hacia el Paraíso de Ix. Dos pasajes que había escrito en su adolescencia durante otra enfermedad: las paperas. ¿Serían aquello remaches y el tatuaje una señal para encontrarlo o se trataba de un espejismo? ¿Por qué se le había ocurrido llamar Ix a aquel paraíso imaginario? Por un instante, a punto estuvo de llamar a Pepa para preguntarle por sus bolsillos y el motivo de su tatuaje a ver si le podía dar una pista pero pensó que era una causalidad, que tendría que contárselo todo y a saber que iba a pensar.

Así estaba el reportero Javier Plaza, naufragando en su inconsciente, cuando el tintineo de una de las cadenas de los bolsillos de Pepa contra la otra le hizo volver a su particular reino de Despertar.

Entonces, entrecruzó los dedos de una mano con los de otra, los volteó, estiró para desentumecer las articulaciones, miró la pluma encima de la mesa y sin pensarlo se puso a escribir mecánicamente como si le estuvieran dictando:

«UN TROZO DE METAL HA SIDO EL ÚLTIMO SUSTENTO DE UN HOMBRE QUE, ENLOQUECIDO POR EL HAMBRE REMOTA QUE PASARA DURANTE LA GUERRA, HA COMETIDO UN CRUEL ASESINATO QUE DURANTE AÑOS PERDURARÁ EN LA MEMORIA COLECTIVA DE UN PINTORESCO PUEBLO DE LA SIERRA DE GRANADA, DONDE YA NO QUEDA RINCÓN EN EL QUE NO RESUENE LO QUE YA HAN BAUTIZADO COMO EL MISTERIO DE LA LLAVE PERDIDA...».



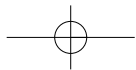
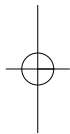
Próximas entregas
de la trilogía «Los casos de Javier Plaza,
el hombre que aprendió a soñar»

El doctor K

En la segunda entrega, Javier Plaza seguirá la pista de un crimen archivado que le conducirá al doctor K, un astrólogo loco que quiere dominar el mundo.

Una historia desorbitada

En la tercera, se enfrentará a un refinado asesino que mató por primera vez a los 12 años y nunca deja rastro de sus crímenes.



Otros títulos de la colección



Crímenes y criminales
Varios autores



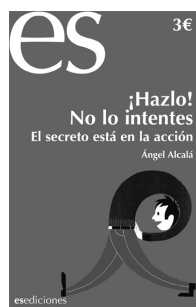
**Vampiros
y otros seres inquietantes**
Antología de Verónica Ortíz Empson



**La Máscara de la Muerte Roja
El diablo en el campanario**
Versión bilingüe inglés/castellano
Edgar Allan Poe



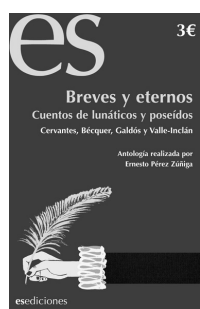
El Viajero Mileurista
Luis Pablo Beauregard



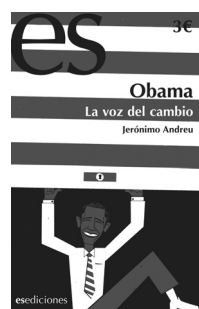
¡Hazlo! No lo intentes
Ángel Alcalá



Tránsfugas, travestis y traidores
Arturo Arnalte



Breves y eternos
Cuentos de lunáticos y poseídos
Ernesto Pérez Zúñiga



Obama
La voz del cambio
Jerónimo Andreu

